This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

G868.8
B8625n Bueno, Luis Eduardo.
Naderías.

[redacted]
G868.8 B8625N LAC

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

LUIS EDUARDO BUENO

NADERIAS

Quito. - 1905

Tip. de la Escuela de Artes y Oficios

PROLOGO--IMITACION.

(Debe leerse todo el renglón sin tomarse en cuenta la raya que separa las dos columnas; y luego únicamente la que corresponde al lado derecho).

Lector:

Aquí tiene usted, sin ayo ni garante,
viejos y nuevos, inéditos y conocidos,
hoy, época *positivista*, y que, por lo mismo,
Créame esto que lo digo con sinceridad.
á fin de dármelas de patriota, por ejemplo,
tan decisivo para el éxito favorable,
ó bien, para la pobreza endémica del erario,
ó, en beneficio seguro de la república.
con innúmeros datos, seguros y muy precisos,
ya que nada parecido ó semejante á esto
La voluntad es fuerza; ó querer es poder, se dice.
de buenos propósitos y varios esfuerzos,
es decir, cosas de ninguna importancia;
ya que no, por cierto, con verdadera estimación,

Un folleto que reune solamente adefesios,
que á nada práctico ó de provecho conducen,
no presenta interés ni tampoco merece perdón.
De bonísima gana habría deseado,
escribir un alegato de límites perú-ecuatorianos,
que lo hubiera vendido por miles de sucres;
descubrir secretos que remedien la crisis económica;
aclarar el embrollo de la deuda inglesa,
para honra ó baldón del Comisionado fiscal; en fin,
ofrecer algo que sea de utilidad ó solaz.
Pero, á pesar de mis afanes y deseos,
sólo *Naderías* le presento, oh! caro lector;
recíbalas, pues, por lo sano del intento,
con algo que se parezca á buena voluntad.

Otrosí:

Coleccionar escritos baladís, es culpa que no puede perdonarse? Cierto. Mas por qué no hacerlo, oído el dictámen del insigne escritor don Juan Valera?

«Todo individuo, dice el docto académico, tonto ó discreto, sabio ó ignorante, bien intencionado ó mal intencionado, en períodos fijos ó sin períodos, puede valerse de esta máquina, llamada imprenta, y publicar por su medio cuanto se le antoje. De ejercer este derecho no se sigue que esté nadie investido de un magisterio, ni de un sacerdocio, ni que forme parte de una especie de cuarto ó de quinto poder del Estado. La Constitución y las leyes no dan ni pueden dar al escritor ó periodista carácter oficial alguno . . . . . Lo que sí es cierto es que aquellos que escriben para el público, si lo hacen bien, con razón y con sana doctrina, tienen un valer superior . . . . hasta al de los más *altos funcionarios*; pero no le tienen por la gracia de la Constitución, ni le tienen como colectividad ó gremio, sino que le tiene cada uno de por sí, y sólo por la gracia divina»

Calló el maestro; el asunto está resuelto y . . . . . á la buena de Dios principie el baturrillo.

Sueño ó realidad?

La posada conocida por La Estrella Blanca había caído bien pronto en desestimación. Abandonada por los pasajeros, sólo conservaba de su antiguo esplendor el nombre dado por el primer dueño, un viejo avaro sí, mas diestro y atento en el negocio. Cuál hubiese sido la causa para el fracaso de aquel mesón de pueblo, difícil descubrirla á primera vista; porque, francamente, La Estrella Blanca ofrecía grato hospedaje á los fatigados viajeros. Cómodos aposentos, decente comedor, cama modestamente aseada, abundante y sabrosa comida, vinos algo católicos, quiero decir [illegible] muy merecedores de anatema . . . [illegible]mos! si aquella casa de posada era la mejor. La mejor;

pues no le faltaba ni el atractivo de una picaresca adolescente, Rosa, la monísima y agraciada Rosa. Quién no la conoció? Locuaz, aguda, esbelta, ojos de andaluza, boca microscópica, talle divino, cejas de Venus . . esa muchacha era de rechupete.

Para los moradores de la comarca, gente inclinada á lo misterioso y extraordinario, el desprecio y abandono en que estaba La Estrella Blanca tenían fácil explicación: cuantos viajeros habían hospedado allí, fueron atormentados por ruídos inexplicables y fúnebres apariciones. A tal motivo debería realmente la ruína esa posada, la mejor de todas las de su clase? Quizá; mas es lo cierto que pronto La Estrella Blanca convirtióse en objeto de viva curiosidad, como teatro de extrañas y pavorosas escenas. Ningún viajero se albergaba en esa posada; y la pobre, triste y medio derruída, ahí se estaba como elocuente y mudo testimonio del poder irresistible de la opinión pública. Apariciones, vestiglos, espectros . . . qué iba haber! Todo, de seguro, era creación fantástica de alguno deseoso de echar por tierra, por conveniencia propia quizá, la fama bien merecida por cierto de La Estrella Blanca. Reflexiones semejantes, desde luego, podían tener cabida en cerebros fuertes, mas en ánimos apocados, en gente sencilla, lo natural y propio era suponer fantasmas y visiones. No ofrece ventajas eso de creer en lo extraordinario, á ojos cerrados, á ce-

rebro paralizado, sin poner en actividad la razón para enlazar las causas con los efectos? . . . . . .

. . . . . .

Viajando con dirección á cierto lugar, fuí sorprendido, principiada la noche, por furibunda tempestad; me ví, pues, forzado á refugiarme en La Estrella Blanca. Después de la fatiga y molestia de la jornada, aquella vetusta casa, víctima de la dejadez del hombre y de la influencia del tiempo, tomó para mí proporciones de suntuoso y espléndido palacio; es sabido: á buena gana no hay pan duro. Cómo gocé cuando, libre de los adminículos necesarios al que tiene que regir caballo durante un viaje de varias leguas, me dejé caer en una empolvada silla. Mientras tanto, la tempestad seguía formidable: los truenos se sucedían sin interrupción; y el siniestro resplandor de los relámpagos iluminaba por breves instantes el ennegrecido horizonte.

Mojado, cansado y solo, pronto sentí sobre mis párpados la pesadez del sueño. Con todo, un temorcillo, mejor dicho repugnancia á la cama, á esa cama desconocida y enemistada con la limpieza, sosteníame en pie. Mas, quién puede triunfar de los dioses? Vencióme al fin el señor Morfeo. Dejados á un lado escrupulillos de pulcritud, principié, pues, á desnudarme; algo empero vino á sobresaltarme: había oído clara y distintamente un prolongado gemido.

Mientras tanto, la tempestad continuaba formidable: los truenos se sucedían sin interrupción; y el siniestro resplandor de los relámpagos iluminaba por breves instantes el ennegrecido horizonte. Dirigí la vista por todas partes, registré cuidadosamente el cuarto . . . . . nada ni nadie. Perdíame en un océano de suposiciones: fué engaño, fué alucinación? Era víctima de trampantojos de la fantasía? Lo juzgaba, cuando el mismo fenómeno, el mismo gemido, pero más prolongado, más claro todavía, me llenó nuevamente de asombro y estupor. No había duda; alguien, un borracho talvez, un ladrón quizá estaba en el aposento mío; era, pues, necesario buscarlo, dar con él, castigar su audacia, su atrevimiento. Rewólver en una mano, bujía en la otra, principié el escrupuloso registro. Tras la puerta? nadie; bajo los muebles? tampoco; entre las frazadas, menos aún. Qué diablos! todo había sido engaño; porque de haber gemidos, debía haber el que los exhaló; y ese alguien no existía; acababa de manifestarlo el examen hecho. Pensar en apariciones de ultra-tumba, yo no lo hacía; el sueño de la muerte y la piedra del sepulcro son desgraciadamente harto pesados, para que alguien pueda interrumpir el uno, ó levantar la otra.

Fatigado, convencido además de que nada debía temer, tomé la resolución de dormir cuanto antes, sin preocuparme de nada y aun cuando

volviese á oír veinte mil gemidos más. Bueno estaba yo para buscar en esa situación la cuadratura del círculo! Con paso firme me dirigía á la cama, cuando, oh! terrible espectáculo, veo allí un rostro en el que se extendía rigidez cadavérica: narices afiladas, labios descoloridos en movimiento, como si se esforzacen en dar salida á palabras; ojos de irresistible, penetrante mirada . . . . . Inmóvil, yerto delante de tal aparición, yo sentía helarse la sangre en mis venas, corrientes de sudor frío invadían mi cuerpo; la lengua, pesada cual si fuera de plomo, no podía moverse; una mano de hierro oprimía, estrujaba mi corazón . . . . . No pude más, cerre los ojos y me dejé caer . . . . . .

No aparecía aún el sol en el horizonte, cuando abandonaba á galope tendido aquella maldita casa.

Elecciones

La existencia de diversos partidos políticos es necesaria á todo Estado; forma parte de la vida misma de él; y la manifestación de sus distintas aspiraciones, los esfuerzos, la lucha por ver de realizarlas, son condiciones indispensables para mantener el equilibrio social.

Los partidos políticos se presentan en todas partes donde se mueve libremente la vida política, dice un publicista, y sólo desaparecen en los pueblos que miran con indiferencia los negocios públicos, ó están oprimidos por un poder violento.

Presupuestos tales antecedentes, y reconocida como verdadera máxima política que la vitalidad de esos mismos partidos se manifiesta en el ejercicio del sufragio, cabe preguntar, vista la indiferencia con que se lo mira entre nosotros: no existen partidos políticos en el Ecuador, ó está

dominado por un poder violento y despótico?

No faltan quienes afirmen que ha desaparecido ya por estos trigos el verdadero partido conservador; ese partido fuerte y vigoroso, unido y disciplinado, árbitro y dueño hasta hace poco de los destinos de la patria. Tal afirmación no es verdadera. Cierto que aquel partido, por influencia del tiempo quizá, no es el mismo de antes; que está dividido, fraccionado; que carece talvez de las cabezas vigorosas, de los brazos fuertes con que contaba antaño; mas quién el ciego que niegue su existencia en absoluto? Si existe, si trata de propagar sus ideas por la prensa, si, como es natural, tiene pleno, legítimo derecho á intervenir en las manifestaciones de la vida política, por qué el soberano desdén con que ordinariamente mira toda contienda electoral, al extremo de ni al menos presentar candidato de su parte?

Y qué decir del partido liberal que parece que sigue en este trascendental asunto el principio: *dejad hacer, dejad pasar*?

Cómo! se repite el antiguo cantar de que el gobierno impone candidatos; y conservadores y liberales se cruzan de brazos; y no se unen en torno de sus respectivas enseñas, no estrechan filas; no trabajan por candidatos que representen genuinamente sus ideas y aspiraciones?

Y luégo, cuando ha pasado la época electoral, vienen lamentaciones de

los Jeremías políticos, por la indiferencia con que la ha mirado el pueblo; y se forman artículos de acusación por haber hecho uso del sufragio únicamente los soldados; y se fiscaliza al gobierno por no haber dado libertad para las elecciones.

Pero qué libertad ni qué historias, donde no hay quien impulse al pueblo á que intervenga en el sufragio; donde no se le hace comprender lo criminal de que se abstenga de él; donde, á pretexto de suposiciones de que han de cometerse abusos y fraudes de parte de los que están en el poder, los partidos no se preparan oportunamente para la contienda electoral?

No puede haber fe de venturoso porvenir para el Ecuador, mientras el esfuerzo y rivalidad de los partidos, orígen de las mejores instituciones políticas, no se dejen sentir en todas y cada una de las manifestaciones de la vida republicana.

Alicia

Cuentecillo de Navidad

Daban las campanas al aire voces de alegría. Bandadas de regocijados pequeñuelos cruzaban las calles haciendo sonar los tamboriles. El placer y la felicidad dibujábanse en todos los semblantes; mientras tanto, en el barrio más triste, en humilde y estrecha estancia, dos seres, dos únicos seres—abuelo y nieta—yacían olvidados del mundo, sumidos en la más completa miseria.

*
* *

Alicia la encantadora y sencilla Alicia, impulsada por la necesidad, salió á las calles en busca de corazo-

nes magnánimos que le diesen algo con que poder aplacar el hambre propia y más aún la del anciano. Pidió en casas, imploró en tiendas, fué por unas partes, volvió por otras; el placer y la felicidad dibujábanse en todos los semblantes; mas, ay! Aliciano hallaba el corazón magnánimo que buscaba. Mientras tanto, el cierzo soplaba con furia; la debilidad consumía á la pobre niña.

***

Las doce de la noche. El hombre-Dios había venido al mundo. Daban las campanas al aire voces de alegría; bandadas de regocijados pequeñuelos cruzaban las calles, haciendo sonar los tamboriles; el placer y la felicidad dibujábanse en todos los semblantes. El cierzo soplaba con furia; y Alicia, la encantadora Alicia, sentía hambre, sentía sueño.

***

Durmióse. Cuán suntuoso y espléndido banquete! Sabrosísimos dulces, deliciosos manjares, vinos exquisitos; alados serafines sirviendo en copas de esmeralda éstos, en fuentes de oro aquéllos; y la preferida en aquel banquete Alicia, la encantadora y sencilla Alicia. Mas ni comía ni bebía; que allá en la tierra, en el barrio más triste de la ciudad, en humilde y estrecha estancia, yacía olvidado del mundo y solo, muy solo,

un anciano abrumado por el dolor y al perecer de miseria.

***

Clareaba en el lejano horizonte la luz. Daban las campanas al aire voces de alegría. Bandadas de regocijados pequeñuelos cruzábanse aún por las calles; el placer y la felicidad dibujábanse en los semblantes; mientras tanto, Alicia, la encantadora y sencilla Alicia, descansaba para siempre, estaba muerta. Aquel día era el primero de la Pascua de Navidad.

CONSEJOS

A LOS

Redactores de un Periódico

Señores Redactores:

Dar consejos como que fuera una especie de achaque general. Perdonen, pues, ustedes que sin poder librarme de tal manía, también yo pretenda servirles de asesor en el ejercicio de la, entre nosotros, ardua misión de periodistas. Aconsejar, además, no es imponer; por tanto, si mis consejos no son malos, pónganlos en práctica, de otro modo queden archivados, que no por eso habíamos de romper lanzas entre nosotros; y como quien da pronto da dos veces, sin más preámbulo entro en materia, quiero decir, aconsejo.

Primeramente teman á la sociedad, porque en el temerle está el acierto; y acertando merecerán el aplauso de propios y extraños.

Lo segundo, cuiden de no olvidar la verdadera importancia del periodismo. Es en las modernas sociedades una especie de sacerdocio; requiere, su ejercicio, nobleza de miras, elevación de ideas, generosidad de sentimientos, amor, mucho amor á la verdad.

No les ciegue la pasión política, que las apreciaciones que dominados por ellas hicieren, darán ocasión las más de las veces á errores sin remedio, y si lo tuvieren, será á costa del crédito de ustedes.

Aceptadas ciertas ideas, como resultado de estudio detenido, tengan la franqueza de proclamarlas en alto y de sostenerlas en cualquier terreno, que las fluctuaciones y vacilación quedan sólo para los débiles y apocados.

Cuando les sucediere juzgar de alguna acción de un enemigo político, aparten las mientes de la injuria, y pónganlas en la verdad del caso.

Tomen todo en justas medidas, jamás exageren; que la exageración es la sombra de la mentira.

No se conviertan en profetas políticos. Contar con lo porvenir es absurdo, ya que á más de contingente, guarda muchas sorpresas.

Hagan gala de consecuencia para con los partidarios y disimulen algún tanto sus faltas; que es preferible su-

cumba el partido por la fuerza y poder de los extraños, antes que por el egoísmo y desunión de los propios.

Corrijan con suavidad, alaben con moderación; pues las reprensiones demasiado severas exasperan, y los inmoderados elogios echan á perder al más bueno.

De religión no escriban ni una sola palabra. Si son liberales, por qué impedir que cada cual pretenda irse al cielo por el camino que á bien tenga? No discutais de religión, porque sólo conseguiréis que los amigos os exploten y los enemigos os odien de muerte; dijo en cierta oportunidad el general Prim.

Si estos consejos siguen, acaso sean luengos los días del periódico, duradera su fama y colmados sus deseos; y no lleven á burla esto, ó tomen por brote de orgullo. No tal; cómo dudar de la eficacia de estas reglas, si algunas han sido escritas por Miguel de Cervantes Saavedra en colaboración involuntaria conmigo?

Ahora sí, buenas noches señores y amigos míos.

HISTORIA DE UNA ESPADA

CONTADA POR ELLA MISMA

Tuve orígen en las afamadas fábricas de Toledo; soy, pues, hoja toledana.

Brillante y bien templada, cautivé á un bizarro oficial de caballería, quien me sacó de la casa paterna, quiero decir de la fábrica en donde á muchas hermanas mías dejé tristes y afligidas, más aún que por la separación, por el despecho de verse postergadas á mí.

El oficial, prendado de la hermosura mía, me trató con excesiva delicadeza; sólo me sacaba á lucir en solemnes revistas y suntuosas paradas. Tal cosa, lo confieso, no era del agrado mío ni compatible con mi modo de ser. Cómo agra-

darme esa vida monótona interrumpida apenas por tardías apariciones? Cómo gustar de tan pacífico destino, impropio de mi condición de mujer belicosa, digo, de espada?

Aspiraba á verme ceñida á la cintura de un general, dirigiendo, con marciales y estudiados movimientos, numeroso y aguerrido ejército; deseaba poder, ambicionaba gloria. Con todo, esa fuerza misteriosa, irresistible á la que todo está sometido en la naturaleza, parecía haberme destinado á modesta condición.

Un episodio sangriento inauguró, empero, un nuevo período de mi existencia. Tuvo el oficial un desafío, por cuestiones de *quién es ella?;* y como sucumbiese en el lance, bien pronto me ví vendida por los herederos á un armero, quien á su vez me negoció á un comerciante de América, en donde, después de haber estado por algunos meses empolvándome en el almacén, fuí á poder de un coronel de un cuerpo.

Si bien el nuevo dueño mío no era jóven, como el primero, en cambio me tenía en más movilidad y en contacto diario y frecuente con los soldados. Estaba, pues, contenta y satisfecha: nos es tan grato á las mujeres tener ojos de hombre que nos miren. . . . !

Por una de esas mudanzas tan frecuentes en el volcánico suelo americano, pronto se vió el infeliz de mi poseedor privado del empleo,

sin sueldo, borrado de la lista militar y con el título alargado con un sonoro *ex*; en premio, á no dudarlo, á su fidelidad para con la vencida administración. Para librarse de una segura muerte por *inercia de los dientes*, esto es, por hambre, acudió el desdichado coronel al arbitrio de vender ó empeñar todos sus objetos vendibles. A consecuencia de esta combinación, caí en poder de un usurero, quien—como no le sirviese yo para convertir cada respiración en monedas — estaba deseoso de cuanto antes librarse de mí. Por mi parte, anhelaba salir lo más pronto de tan cruel cautiverio, en donde pasaba sin luz ni aire, de los que se privaba el bicho aquel, temoroso sin duda de que, al usarlos, le cobrase algo la naturaleza.

Como termina tanto el imperio del gozo como el del dolor, recobré á la postre la deseada libertad. Pasé al dominio de un Capitán de artillería, mozo de nobles prendas morales. Verme después de amargas viscisitudes en manos de quien—lo digo con modestia mujeril—merecíame, me dió verdadera satisfacción. Joven él, joven yo, quiero decir flamante todavía . . . . estaba en mi elemento. Oh! cuántos y cuán hermosos días pasé, digo, pasamos en gratas expansiones, en dulces devaneos. Fue aquella época la mejor de mi vida.

Por desgracia, pronto principió á nublarse el horizonte patrio. Odios

largo tiempo reprimidos, venganzas no satisfechas, ambiciones de unos y otros nada patrióticas, por cierto, dieron orígen á una tormenta política. Estalló; y dos ejércitos de hermanos se disputaron tenazmente en el campo de batalla el sueldo de los empleos, digo mal, la salud y prosperidad de la república.

El día del combate—recuerdo bien, pues hay cuadros y escenas eternamente impresos en la memoria—el Capitán siempre festivo y risueño, alegre y burlón, amaneció meloncólico y fastidioso. Preveía fatal término para sí, ó para la causa por él defendida? No lo sé. Tal cambio de carácter empero no disminuyó en nada su valor y energía. Rotos los fuegos, fué quien primero dió á los soldados de su compañía orden para avanzar á los reductos del enemigo ferozmente defendidos.

Era espectáculo conmovedor y entusiasta ver á quien estaba ligado á la vida por fuertes y diversos lazos—familia, amor, esperanza, ilusiones . . . . desafiar la muerte impávido y sereno.

Arreciaba el combate: el majestuoso estampido del cañón repetido por el eco se multiplicaba, se prolongaba indefinidamente; ensordecían las descargas de fusil; las balas, al cruzar el espacio en todas direcciones, esparcían, impasibles y ciegas, muerte y desolación; las imprecaciones de unos se confundían con los ayes de otros, con el estertor de

aquellos; y en medio de aquel cuadro terriblemente grandioso, el Capitán avanzaba, avanzaba y siempre avanzaba. Si al principio le siguieron muchos, pronto le dejaron unos y en seguida otros y á la mitad del camino algunos más — acobardados éstos, despedazados por las balas aquéllos. Solo, él sólo llegó á la postre á la línea enemiga. Logró su propósito, consiguió su deseo; y en aquel punto, descubriéndose la cabeza y haciéndome vibrar en alto, dió un estruendoso y enérgico ¡viva! á la bandera de su batallón. La réplica del enemigo no se hizo esperar: una formidable descarga envolvió al heróico Capitán; con todo, librόse por extraordinaria casualidad de muerte segura é inevitable, al parecer.

No obstante las horas de porfiada lucha, ninguno de los ejércitos combatientes conquistaba la victoria; y como se aproximaba la noche, era necesario se decidiera pronto situación tan cruel y angustiosa. Diéronse con tal propósito órdenes de formal y definitivo ataque, y de entrar en combate todas las fuerzas de uno y otro bando.

En esa desesperada disputa por el triunfo, hubo de parte de ambos combatientes actos de verdadero heroísmo. Yo ví, sí, yo ví dejarse matar el abanderado de los contrarios, por no entregar la bandera de su regimiento. Yo ví á dos soldados avanzar uno contra otro, disparándose tiros, encontrarse en

un punto dado faltos de municiones, saludarse, quitándose las gorras, y regresar á su respectiva guerrilla.

Actos de tal grandeza moral pasan con todo inadvertidos, ignorados; ni la adulación los recomienda, ni la fama los pregona. Cuál el motivo? La humilde esfera de quien los ejecuta. Y en verdad, para qué necesita de fama un pobre hijo del pueblo, un infeliz soldado; ni qué pueden alcanzar el servilismo, la adulación de los desheredados por la fortuna?

Al anochecer, dejáronse oír dianas en el batallón al que pertenecía mi poseedor. El dios-éxito se había al fin decidido, como siempre, por los más porfiados y audaces. Estaba todo terminado? Todavía no. Aún faltaba, para cantar completa victoria, apoderarse del último reducto enemigo. Fue designado el Capitán para la empresa. Con la fe y aliento de quien vence la última resistencia, principió á cumplir con la peligrosa comisión. A favor de la oscuridad, ordenó un ataque á la bayoneta; y, con el propósito de infundir más valor y entusiasmo en los compañeros, se precipitó el primero en la línea del enemigo.

El arrojo del valeroso Capitán le costo ¡ay! caro. Rodeáronle en efecto varios adversarios; y si, manejándome con hercúlea fuerza, dió buena cuenta de algunos de ellos, sucumbió en lucha desigual de uno contra diez. Cayó herido, mortalmente herido, á

tiempo que las músicas marciales entonaban por el triunfo himnos al Dios de las batallas. En tierra, abandonado de todos, con el recuerdo de su madre y talvez de su prometida, cuán amarga y cruel la lenta agonía. Como única prenda querida allí presente, estampó en mí un ósculo, me puso á su derecha, y después de breves momentos ese noble espíritu ascendía por las esferas celestiales.

Al día siguiente recogieron el cadáver, lo pusieron indiferente entre los demás y los quemaron.

Reconocida yo por el General, ordenó que fuese entregada á la desolada familia de mi dueño. Allí permanecí religiosamente guardada por algunos años, hasta cuando, muertos los padres del Capitán, fuí obsequiada por uno de los hermanos á un viejo comandante, quien tenía de militar. . . . sólo el uniforme.

De esta clase de tipos, parece hay por desgracia muchos ejemplares. Según he podido observar—pues aun cuando *mujer-espada* soy observadora—de todas las carreras ó profesiones, es por estos trigos la de la milicia la más desgraciada. Se tienen para con ella curiosas aberraciones. Se la despoja de su carácter científico, se la considera esencialmente empírica, se la priva de estímulos . . . . Los grados militares no se adquieren por el estudio ó valor, ni son permanentes; desaparecen por obra y gracia de un *ex*, tan pronto como se

verifica una mudanza política. He observado también . . . . . pero quiero llegar pronto al término de mi relación.

Engañada, violentada además al verme ceñida al cinto de un individuo sin méritos, militar en el nombre y viejo por añadidura, resolví concederme yo misma letras de retiro. Buscaba con tal fin coyuntura favorable á mi propósito. La hallé á la postre. En un cierto festejo, el bueno del comandante principió á tambalearse, á consecuencia indublemente del baño interior que se había dado con *agua ardiente,* para servir sin duda con menos frío y más brío á la patria. Aproveché de tal circunstancia, metíme entre las piernas del infeliz hombre en uno de esos geométricos movimientos, y conseguí echar por tierra esa vetusta humanidad. En cierto período de la existencia, una caída es pasaporte seguro para el otro barrio. Murió, pues, el desdichado; y quedé libre de él. Estoy, cierto, no muy cortadora ni contundente ya, como quiera que el tiempo ha dejado en mí profundas huellas de su poder; mas, en cambio, gozo de libertad; y la libertad no se asegura por ahí que es el mejor y más preciado de los dones?

De mis pasados hechos, nadie sabe la verdadera historia. No hay testigos de mis hazañas y triunfos; por este motivo ¡ay! cuán negra tristeza, cuán horrible desaliento se apoderan

de mí. De qué sirven honrosas acciones, si las cubre el ingrato polvo del olvido?

Acordarse del ayer, como que fuera un consuelo; por eso mato las fastidiosas horas del presente, con los gratos recuerdos de lo pasado.

MUSICA CELESTIAL

Los poetas son como las aves: cualquier ruído les hace cantar. Verdadero el pensamiento del señor vizconde de Chateaubriand? Muy verdadero. Sólo que ciertos poetas, por cantar mucho, lanzan á la postre gritos ásperos ó graznidos en buena cuenta.

Además, como que la cantidad perjudica á veces á la calidad de la producción? Cierto; y he aquí explicada, acaso satisfactoriamente, la poca fortuna que alcanzan varias de las composiciones del señor don Quintiliano Sánchez. Atormentado por el deseo de hacerse oír en toda ocasión solemne, ó de ver en cualesquiera revistas ó periodiquillos su nombre al pie de renglones cortos y muy igualitos, mortifica diariamente á las nueve hermanas, en demanda

de favores ó inspiración. Después de tantos sudores y súplicas, qué le conceden las caprichosas hijas de Júpiter? Poco, nada.

Dónde el favor de las musas, dónde la inspiración, dónde la poesía en el soneto publicado con motivo del primer aniversario de la sentida muerte del estimable caballero, don Manuel Palacios Alvarado? Hasta el título desdichadísimo: *En el hogar triste*. No ha de estarlo aquel en que se lamenta la muerte de un ser querido?

Cautivada la atención de los lectores con ese *hogar triste*, porque allí se llora á quien desapareció en la plenitud de la vida, rompe el soneto de esta manera:

Ruiseñor que alegrabas dulcemente
Con tus acentos el preciado nido,
Delicia de los tuyos, ¿dónde has ido,
Tu vuelo remontando de repente?

Continúa:

Eras, en tu morada, sol de oriente,
Fulgor de una esperanza ya encendido,
Cuando pasó la dicha, y el gemido
Sólo dura en tus lares permanente.

Hoy de tu ausencia el mustio aniversario,
Cual día melancólico y nebuloso,
Despliega aquí su velo funerario.

Si, en virtud prematura, al cielo fuiste
Y ya sonríe tu eternal reposo,
Lanza luz de consuelo á tu hogar triste.

«Poesía es pasión, fuego, amor»; dónde nada de esto en el anterior soneto? «Poesía es sensibilidad»; dónde la manifiesta el señor Sánchez?

«La poesía habla á la imaginación, anima la naturaleza, pone en acción á seres invencibles.» Se descubre algo de esto en *El hogar triste?* Nada, absolutamente nada. Imágenes vulgares, vulgarísimas: *ruiseñor que alegraba el nido con sus acentos.* Interrogaciones prosaicas: *dónde has ido tu vuelo remontando de repente? De repente!* Qué palabra tan prosaica. Epítetos *cuñas* pésimamente elegidos: *mustio* aniversario, *melancólico* día; y luego eso de convertir á la virtud en algo así como silla para irse al cielo —si en virtud prematura fuiste al cielo—expresado en el último terceto, como pensamiento principal de la composición, resulta . . . . . un horror.

Por el buen nombre del señor Sánchez, sería conveniente que siga al señor Juan Abel Echeverría, en eso de publicar con mucha parsimonia sus atentados poéticos, que diría alguien. Cierto que el señor Echeverría con paso de buey se ha dirigido al Parnaso; pero quién puede negar que ocupa ya no despreciable puesto en esa venerable montaña de la Focea?

Por lo demás, a pesar de que

Poderoso caballero
es don dinero,

todo se podrá conseguir con él, menos verdadera inspiración para ciertos poetas.

LA FLOR DE LA TUMBA

¡Ah, qué de marchitas rosas
En su primera mañana!
¡Ah, qué de niñas donosas
Muertas en edad temprana!

VICTOR HUGO.

La vida real, no siempre consultada por los poetas al escribir sus poemas de dolor, presenta con frecuencia historias tiernas como las de Pablo y Virginia, y tan enternecedoras como las de Romeo y Julieta. Y si narraciones de tal naturaleza conmueven fuertemente el ánimo, cuánto no impresionan episodios tristes de seres á quienes hemos conocido, cuya mano hemos estrechado, cuya voz hemos oído. Yo por mucho tiempo conservo en mi memoria, el recuerdo de un amigo cuya existencia fugaz y llena de melancólicos resplandores bien merecería ser narrada por una pluma como la de Lamartine.

***

Era el año de mil novecientos noventa . . . . . Una nueva guerra fratricida había ensangrentado por una vez más, el suelo patrio. Los adolescentes, exaltados por el amor á la patria, fueron entonces el alma del movimiento revolucionario. Si entre todos esos novatos militares, pero héroes verdaderos, la libertad era el único móvil que los impulsaba á tomar las armas, en ninguno de esos improvisados guerrilleros dominaba tanto aquel sentimiento, como en Alfredo . . . . . , bizarro capitán del ejército vencedor. Cómo llegué á ser su amigo no podré aún decirlo. Es lo cierto que pronto estableciόse entre los dos profunda corriente de simpatía; y que comprendí la verdad del pensamiento del poeta francés: la amistad es un presente de los dioses.

Era Alfredo de carácter suave, melancólico; la verdad campeaba en todas sus palabras; la altivez le hablaba siempre al oído; dirigía todas sus acciones la honradez; y, dotado de extraordinaria energía, una vez propuesto un fin se iba tras él por el camino más recto, sin tregua ni vacilaciones, sin temores ni desfallecimiento.

Aquellas dotes, por cierto nada vulgares, estaban acompañadas de una particularidad—aversión á la mujer. Cuando, á consecuencia de

la fraternal intimidad con Alfredo, pude comprender lo incisivo de sus palabras, al tratarse del sexo débil, creí que aquello era resultado de crueles desengaños prematuramente recibidos. Suposición errónea. Sin antecedente alguno personal, Alfredo—como cierto filósofo antiguo—sostenía que *fiarse de una mujer equivalía á fiarse de un ladrón;* creía además que si bien era un *manjar divino, no obstante siempre lo guisaban los diablos.* Al parecer era, pues, Alfredo una fortaleza inexpugnable para el amor. Mas quién puede eludir los sabios designios de la naturaleza? Quién ha de quebrantar impunemente sus leyes? Alfredo, alma soñadora, no podía resistir á un vigoroso ataque del ceguezuelo dios. Cayó al fin en sus lazos; y cayó para no levantarse más. Un día, al pasearse como de costumbre, hizo la casualidad que se encontrara con una jóven. La sola vista de ella cambió por completo los sentimientos y las ideas de Alfredo respecto á la mujer. Sintió que le abrasaba irresistible simpatía por Ernestina, divinidad ofrecida de inesperada manera á su adoración. La memoria, ha dicho un escritor, es la ubicuidad del alma. Tan bella expresión convendría más propiamente al amor quiza?

Un intérprete del corazón, esto es, un poeta dice: Lo primero, lo indispensable es amar: no importa á quién, no importa qué; amad y estáis salvos. Tal pensamiento por,

exceso de poesía, no es verdadero. El amor, en la generalidad de los casos, es el camino más directo al calvario. Esto pasó con Ernestina y Alfredo. Ardientemente enamorados el uno y la otra, la fiebre de la pasión iba consumiendo las dos existencias á paso lento, pero seguro.

Sonó la hora de la tormenta: Ernestina, cual las rosas de Malesherbes, había sido destinada á vivir sólo una mañana. Abrióse para ella la tumba; sí abrióse; porque ¡ay! no son las hojas secas las únicas que arrastra el huracán; ni la muerte sopla su hálito helado sobre la arrugada frente de la ancianidad sólo.

***

Si es fácil enjugar las lágrimas agenas, cuánto cuesta contener las propias. Alfredo, tan pronto azotado por la adversidad, no pudo resistir á semejante pérdida. Cómo no desfallecer si Ernestina, sol de su existencia, habíase eclipsado antes aún de la mitad de la jornada? Desde tan recio golpe, terrible abatimiento se apoderó de Alfredo. Su vigorosa naturaleza decaía visiblemente. Fué entonces cuando mi amistad se hizo más estrecha. Era natural: no hay imán más poderoso como el de la desgracia.

Los fuertes dolores del alma tienen crisis espantosas; y una pasión violenta encuentra en sí misma combustible para estar en constante ig-

nición. El desventurado amigo mío dió en visitar diariamente el lugar en donde, en plácido sueño, descansaba para siempre la prometida de su corazón. Cuán triste era al declinar de la tarde, en la solemne transición del día á la noche, contemplar á Alfredo suavizando con sus lágrimas el sitio donde reposaba Ernestina. Pobre niña! su lápida ostentaba aquel conocido epitafio antiguo: Tierra! no peses sobre ella; que ella bien poco pesó sobre tí.

Alfredo, al contrario de Chateaubriand, creía que la muerte revela los misterios de la vida. A la oposición mía á ese lúgubre paseo, afirmaba que una tumba servía de enseñanza elocuente y de consuelo además. Enseñanza, porque manifiesta cuán fugaz es la vida; y consuelo, porque demuestra que hay en nuestro ser un algo que se purifica en la destrucción y sobrevive á ella.

En una de esas diarias visitas al cementerio, le hizo impresión una flor brotada en el túmulo de Ernestina. Aquella flor había talvez recibido por savia la sangre de la niña; se nutriría quizá con su corazón. Por qué no suponerlo? Se aman tanto las flores y las mujeres! Además, termina con la muerte toda relación entre los que son y los que fueron? Ah! quién sabe si la brisa que pasa refrescando suavemente nuestro rostro, no sea un suspiro enviado á quienes peregrinan aún en la tierra por los que la dejaron ya.

Sea lo que fuere, es lo cierto que Alfredo arrancó convulsivamente esa flor de la tumba, la beso y humedeció con sus lágrimas. Al caer sobre la flor le dieron notable brillo; y Alfredo con la creencia de que su Ernestina le enviaba tal presente desde la eternidad, entró en febril agitación. Procuré calmarlo. Empeño estéril. En busca de consuelo en su propio dolor, aspiró la flor; el aroma le produjo sensación grata y bienhechora; mas aquella reacción favorable no fué duradera. Al contrario, al percibir el olor, aspiró la muerte; pues á los pocos días, consumido por la fiebre de la pasión, espiraba tranquilo y feliz. La muerte de Alfredo era necesaria. Hay esponsales que se cumplen en el cielo.

Discursaína

El presente trabajillo, publicado en un diario quiteño, con motivo de los discursos pronunciados, en la capilla ardiente en que estuvo, en el Palacio Nacional, el cadáver del señor ministro de Chile, don Galo Irarrázaval Zañartu; fue calificado por alguien de *antipatriótico*. Mas conviene advertir que no se censuran en él las demostraciones de dolor del gobierno y pueblo ecuatorianos, por la muerte del notable diplomático, sino que se subrayan únicamente algunas de las frases de los oradores en aquella solemne ocasión.—Débese además recordar que don Víctor León Vivar criticó réciamente á varios distinguidos ecuatorianos, por los artículos que escribieron cuando la muerte del príncipe de los escritores hispano-americanos, don Juan Montalvo; sin que, hasta hoy, nadie le haya acusado de *antipatriótico*, por aquella crítica literaria.

I

SEIS discursos, media docena, en estómago vacío! Materia grave, señores y amigos nuestros, para los esforzados que la soportaron. Mas como Guttemberg, el inmortalizador de la palabra, es perpetuo benefactor

de la humanidad, debemos á él, los que no concurrimos á la velada fúnebre matutina del domingo, haber podido anoche con café y todo dormir más pronto de lo ordinario, con la lectura de los susodichos. Excepción hecha de los de los señores don Miguel Valverde y don Luis Cabrera que son los menos . . . . cangrejos de todos, qué vulgaridades, qué tópicos tan comunes, cuánta falta de novedad, en los demás discursos.

«Haga uso de la palabra en esta hora solemne, por honrosa distinción de mis colegas . . . . . »

Hago uso de la palabra. He ahí, con filología y todo, una frase hermana de aquella con que los campesinos principian las cartas: *al tomar el pincel de la pluma para saludar á su merced* . . . . . .

«La muerte, implacable segadora . . . . . » Llamar á la muerte implacable segadora, qué novedad tiene? Si es más viejo que el descubrimiento de la pólvora.

«La muerte ha hecho ya buena cosecha en el año que principia». Muy cierto, señor; muy buena cosecha, y á pesar de lo fuerte del verano.

«Como está reservado á plumas más expertas y para ocasión más oportuna el escribir la meritoria y lucida carrera política de nuestro compañero. . . . . »

Hay algún nuevo decreto ejecutivo respecto á que se escriba la biografía del señor Irarrázaval? Noso-

tros no conocíamos sino el que prescribe que los batallones lloren por compañías al ilustre difunto.

«El Excelentísimo señor don Galo Irarrázaval Zañartu, Ministro Plenipotenciario de Chile, era uno de esos hombres benévolos é insinuantes á quienes no puede tratarse en la intimidad sin apreciarlos y quererlos: de aquí proviene el vivo interés que la sociedad de Quito tuvo en la corta y violenta enfermedad del personaje á quien lamentamos y la sincera participación que toma en el duelo general que su muerte ha causado.»

He ahí un hacecillo de noticias frescas, pero muy frescas. Quién, antes que este discurso se pronunciara, supo que don Galo era ministro plenipotenciario de Chile, hombre benévolo é insinuante; que murió tras corta y violenta enfermedad con lo demás que allí largamente se contiene? Nadie, absolutamente nadie.

«El Cuerpo Diplomático se asocia cordialmente al sentimiento público; conservará indelebles en la memoria las virtudes del extinto; acompaña á la desolada viuda y á sus tiernos hijos en la triste peregrinación que van á emprender al travez de ese como desierto que los separa de su patria, hasta depositar la preciosa carga al lado de sus demás seres queridos; y les recuerda, como lenitivo á su justísimo dolor, que los creyentes no dicen adiós sino hasta luego, porque la muerte no es la nada: es el prin-

cipio de la inmortalidad, es el crisol en que se depuran y subliman las almas.»

Gloria á Dios en las alturas y paz á los muertos en lo profundo de la tumba! Terminó el discurso del señor Isaza; y mientras tanto, todo hay en él, hasta *carga*, menos imágenes hermosas, pensamientos bellos, nada en suma que halague la imaginación, que regale la fantasía.

Además . . . . . pero hay riesgo de reclamaciones diplomáticas; por prudencia, á otro discurso pues.

«La Autoridad Superior de Guerra ha querido que el Ejército Ecuatoriano se haga presente, de manera especial, en este duelo; y me ha comisionado, antes que para decir el elogio del difunto ilustre—elogio inútil supuesto que él acude expontáneo á todos los labios; para darle este público, postrer testimonio de la estima, puedo agregar de la gratitud que le tiene consagradas, y de las cuales no se apartará nunca nuestro Ejército.»

Un exordio . . . . como cualquier otro. Y quién puede negar que el señor general don Julio Andrade, es uno de los buenos cerebros, uno de los talentos del Ecuador? Pero qué se quiere? Eso de que cuando menos uno lo espera y en coyuntura menos propicia para llorar está, se le dé la comisión forzosa de hacerlo, es violentar mucho á la humanidad.

Una afirmación que tiende á falsear la historia, luego: *eficaz energía*

perseverante acción, del señor ministro Irarrázaval por conseguir la organización del ejército ecuatoriano? Dónde, cuándo, de qué manera? Ni siquiera representaba aún á su patria, en el Ecuador, cuando se llevaron á efecto las contratas relativas á traer instructores chilenos, para el ejército. O quizá es éste uno de los secretos diplomáticos que tienen que permanecer todavía ocultos, y á que con tanta candorosidad como imprudencia se refería en días pasados «La Linterna»? Quién sabe.

«A veces, hasta me parecía descubrirle cierta nostalgia de cuartel, de rancho áspero y de tienda inclemente, no borrados del todo de la memoria, ni á trueque de delicadezas y sufrimiento.»

Cierta nostalgia de cuartel, de rancho áspero y de tienda inclemente. Hermosa frase y muy oportuna en boca de un militar que elogia á quien también conoció los toques del clarín guerrero. No hay duda que del discurso del señor Isaza al del señor general Andrade, se ha mejorado mucho; y que entre uno y otro va la misma diferencia que entre los versos de don Juan Eusebio Molestina y la poesía de don Juan León Mera.

«Yo no sé de él que se hubiera andado en intrigas, pequeñas ó grandes, en emboscamientos ni subterfugios: espíritu fuerte, organización por todo extremo varonil y robusta, hi bien nuestro Gobierno en tene

por su amigo; haremos bien nosotros, Camaradas, en mirarlo como ejemplo.»

No gustaba de la diplomacia el difunto señor ministro de Chile como medio adecuado para engañar á los pueblos? Lo aseguran quienes saben en este punto lo que se pescan. Pero aun cuando no la practicaba conocía á fondo esa ciencia ó arte; lo prueba el que calificó de *mañosa* la política del gobierno del señor general Plaza. *Mañosa!* vean ustedes que tal palabra aplicada al objeto que se refiere, vale por todo un libro de Lord Macaulay.

Una última observación á los elogios fúnebres del señor general Andrade. Según lo afirma el mayor don Luis Cabrera, combatió don Galo Irarrázaval á Balmaceda. Balmaceda, si no es crasa nuestra ignorancia de la historia moderna de Chile, fue radical. El mismo credo político como que se sostiene profesó don Galo? Luego, pues, hay oportunidad en proponer como modelo á quien combate su mismos principios políticos? Parece que nó; á menos que alguien nos dé una leccioncita de lo contrario, ó nos enseñe estamos en error en este punto.

Ahora, al niño siguiente. Pero . .

las once dan, yo me duermo;
quédese para mañana;

y, por tanto, punto final, por hoy.

II

«Los directores de diarios y revistas de la Capital me han hecho el inmerecido favor de encargarme la representación de la prensa en este solemne acto fúnebre dedicado á honrar la esclarecida memoria del que fué Excelentísimo, Sr. Dn. Galo Irarrázaval Z., Ministro Plenipotenciario de Chile en esta República; y vengo á hacer presente que la prensa de la Capital participa del general sentimiento de consternación producida en los ecuatorianos por la deplorable muerte del distinguido huésped, del digno representante de Chile, nuestro amigo y hermano».

He ahí, como dijo el amigo y académico don Celiano Monge, todo un período castelarino. . . por lo largo, por lo inconmensurable; y luego la consabida noticia ó advertencia de que se va á hablar—con cacofonía y todo—por boca de ganzo, es decir por comisión ó encargo ageno. Eso de advertir por exordio ó pronta providencia que se procede á lloriquear por delegación, parece fuera la nota común á todos los discursos disparados el domingo, sobre las ruínas—como las llamó el otro—del distinguido diplomático. No bien el señor Isaza sube á la tribuna, si es que allí hubo tribuna y ésta tuvo peldaños, cuando, para librarse de responsabilidad ó compromiso, advierte que hace *uso de la palabra* por cuenta agena. Le reemplaza en el puesto el señor ge-

neral Andrade? Pues ante todo y sobre todo la misma advertencia.- Le toca el turno al señor doctor Borja? Ha de romper el discurso de igual manera. Hay algo de malo en esto? Nada por cierto, sino que sale verdadero aquel pensamiento del mayor Cabrera: «la comunidad en el dolor hermana dulcemente las almas»; pero con el siguiente apéndice: y suguiere hasta las mismas expresiones de. . . dolor.

Saliendo enseguida de lo vulgar, pero sin aproximarse á lo nuevo, dice el señor doctor Borja, en otro período igualmente castelarino por lo largo: «el rudo afán de la lucha por la existencia, adormece los grandes afectos del corazón humano. Para que éstos se dén á conocer en toda su vehemencia, es necesario algo que toque á lo íntimo del alma. Entonces se levanta, y le llenan y rebosan».

Fuertecillo es querer que los sentimientos humanos se despierten sólo con acontecimientos extraordinarios, con calamidades y desgracias; pero decir aquello, habérsele ocurrido tal pensamiento, algo es indudablemente.

Y luego? y después? Fraseología, pura fraseología hasta el término del discurso, en donde uno se da de bruces con la Iglesia, cuyos brazos se abren para recibirlo al señor ministro Irarrázaval; lo cual, por cierto, es muy hermoso y consolador, principalmente cuando no hay confesión ó retractaciones de por medio.

Y con el señor representante de la prensa quiteña, tres discursos, si no engaña la cuenta con los dedos, como que están revisados. Y con todo, nade en ellos que pueda referirse, señalarse como belleza; ningún pensamiento merecedor, por su novedad, de recomendarse. Imágenes hermosas, cadencia de períodos? Sería exigir cotufas en el golfo.

Digno de subrayarse apenas hasta aquí? Aquello de «cierta nostalgia de cuartel, de rancho áspero, de tienda inclemente», y lo de «grandes afectos del corazón humano que se despiertan cuando algo de extraordinario toca lo íntimo del alma», únicamente.

No hay duda de que con motivo de la muerte del honorable señor ministro chileno, se ha visto cuán verdadero es aquello que dice el autor de Persiles y Sigismunda: «las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias». Tan inesperado, tan fuerte, tan cruel resultó para los ecuatorianos el golpe recibido con el fallecimiento del señor Irarrázaval Zañartu; que parece, aturdidos, atontados por el fatal caso, hubiesen quedado con parálisis en el cerebro. En tal disposición de ánimo, cómo exigir obras perfectas?

Si no perfección, porque, como se ve, tal cualidad es imposible de toda imposibilidad esperarla, algo de regularcito al menos habrá en el sexto. . . . discurso, se entiende, de los

pronunciados en la velada fúnebre matutina del domingo?

Veámoslo. Mas antes de enfrascarse en la empresa de buscar tesoros en el fondo de ciertas piezas oratorias, vengan algunas horas de tregua y, por tanto, otro número romano.

III

Terminó el lloriqueo del señor representante de la prensa quiteña, gracias al consuelo de ver que la Iglesia abría maternalmente los brazos para recibir los restos del señor Irarrázaval; y *luego incontinenti* el señor Andrade Coello, mandatario con poder especial de la «Cervantes», procedió á cumplir con su mandato, en la forma siguiente:

«Si, lleno de tristeza y asombro, no me hallara antes los restos mortales del que fué Excmo. señor don Galo Irarrázaval Zañartu, aquí mismo en presencia de este imponente túmulo, difícil me sería por más natural que parezca, la finalización aparente, la transformación continua de la materia, creer que ha abandonado para siempre el mundo, quien, hace poquísimas horas, ayer no más ¿lo recordáis señores? era el alma chilena simpáticamente difundida en nuestra sociedad, el diplomático sagaz, el ilustre amigo que, día á día, ganaba voluntades y se abría expontáneamente paso, gracias á su bondad ingénita, á su temperamento

cautivador, que tan pronto sabía infundir amable confianza.»

Qué de notable en este período tan largo como el camino de Quito á Guayaquil, por Babahoyo? La sorpresa de que esté muerto quien pocas horas antes estuvo vivo; y aquello de que el señor Irarrázaval era el alma chilena simpáticamente difundida en la sociedad quiteña. Traducido lo último á . . . . racional, qué querrá decir? Que el difunto señor ministro fué el principio interior chileno de la vida y de las operaciones de la sociedad de Quito? Pero esto resulta absurdo. Quizá fuese más aceptable si se refiriese á sólo el gobierno del señor general Plaza. O ha de traducirse la frasecita aquella como que don Galo representaba la fuerza, la viveza, el espíritu chilenos? Talvez; aun cuando tal traducción, por demasiado libre, resulta muy forzada.

Véase cómo un escritor y orador de verdad rompe su discurso en ocasión idéntica á la del domingo último:

«No vengo á derramar públicas lágrimas por el hombre libertado ya del horror de pensar y del oprobio de vivir: consagro un recuerdo al fundador del *Círculo Literario*, doy el último adiós al poeta, nada más. Los héroes de los antiguos tiempos lloraban como niños y mujeres: los hombres de hoy no sabemos, no queremos llorar; y cuando sentimos que las lágrimas pugnan por salir á nues-

tros ojos, realizamos un supremo esfuerzo para detenerlas en lo íntimo del corazón.»

Hermosos párrafos, verdad? Pero qué se quiere? Don Manuel González Prada lloraba al poeta Luis Márquez por cuenta propia y tuvo también. . . . . sombrero más grande que cualquiera de los disparadores de discursos sobre los restos del señor Irarrázaval.

«La tempestad se desencadenó violenta, con más furia que las grandes tormentas de esta zona tórrida, y derribó de súbito al gigante. El roble ha caído sin remedio.»

Nada de nuevo es esto. Robles que caen sin remedio, y tormentas que se desencadenan violentas, son —con consonancia y todo—cosas viejas para todos, señor mandatario de la Sociedad «Cervantes».

«Hay verdades abrumadoras, aplastantes.

Una de ellas es la actual, que está pesando sobre nosotros como una montaña, como un bloque granítico de los Andes.»

Qué desgraciada manera de debilitar el pensamiento. A qué vino el bloque, es decir la parte á reemplazar al todo, á la montaña? Lástima que por cariño á la palabreja aquella se haya echado á perder una frase que, aun con *bloque* y todo, hubiera resultado regularona invertida, esto es puesto el *bloque* granítico de los Andes ó de los Alpes, antes de la montaña.

Aplastante! de dónde sale ese avechucho?

«Delante de tan desconsoladora realidad, ya no es posible dudar. El sueño se ha desvanecido. Efectimamente, señores, ha muerto el Excmo. señor don Galo Irarrázaval. Por esto la Sociedad «Cervantes» me ha encargado que le represente en este acto melancólico y solemne de tributar la postrera despedida á ese corazón de oro que hoy es ya cuerpo inanimado y macilento.»

Con sueños desvanecidos, realmente ya no es posible dudar de que el muerto está muerto; y no sólo muerto, sino embalsamado con toda felicidad . . . . . para el difunto, como anunció «La Linterna». En lo que no hubo acierto ni felicidad es en aplicar ese desdichadísimo *macilento* á cuerpo inanimado. A qué ese disparatado apéndice?

«Ya no existe . . . . . el periodista de guante blanco.» La traducción? Dénosla el mismo señor mandatario de la «Cervantes.»

«En el cementerio de esta misma Metrópoli nos hemos encontrado congregados, por dos ocasiones, con la angustiosa misión de dar la eterna despedida á miembros diplomáticos de Chile. Casi toda la Legación de esta República interesante y progresista, descansa en aquel sagrado y fúnebre recinto: un día el Adjunto, ayer el Secretario y hoy, señores, el Jefe, el digno Jefe.»

A qué esos recuerdos imprudentes, y tan vulgarmente evocados? Con los tales no se consigue sino acobardar, amedrentar al residuo de la legación chilena.

«¡Cuán doloroso es resignarse, cuando estos rudos golpes del destino nos están destrozando el alma!»

Doloroso resignarse? Falsedad de tomo y lomo. La resignación proporciona alivio, calma á quien padece. Talvez en lugar de *doloroso* quiso poner difícil ú otro vocablo semejante? Pero entonces por qué no lo hizo? Mas si al señor Andrade Coello la resignación le causa amargura, nadie le impide que siga padeciendo para que nada le duela.

«La gratitud es un lazo más, un lazo estrecho que nos extrangula de dolor, y nos conmueve ahora.»

La gratitud es lazo que extrangula. Explicada la razón por la que hay tanta gente ingrata. Si la gratitud es soga que sirve para ahorcar ó ahorcarse, bien se hace en mirarla con desdén.

«Dormid, en paz, sobre los *pliegues* del Pichincha, que son vuestro provisional sudario . . . . . dormid el sueño interminable de los justos, porque siempre cumplisteis con el noble objetivo que os desveló, rezando las oraciones de la razón y del deber, en el altar de vuestros encumbrados ideales.»

Noble *objetivo!* No habría más corrección en noble objeto, por objetivo? Lo de *rezar oraciones de la*

razón y del deber en el altar de encumbrados ideales, sí que está muy bonito. Por qué no se le ocurrió un pensamiento igual á otro de los delegados para llorar al señor Irarrázaval, por ejemplo, al honorable señor Isaza?

Rezar oraciones de la razón y del deber! Pero, fíjense ustedes en lo bonito de esto. Con justicia el señor Andrade Coello es considerado como el mejorcito de los *intelectuales* en almáciga ó en germinación ahora.

Y después de todo esto? Viene, qué descanso después de una *discursaína* de tres horas antes de almuerzo, el siguiente conmovedor epílogo:

«Descansad tranquilo en el regazo sin fin de los mortales, arrullado por las brisas de un país hermano, y revivido por los recuerdos de estos múltiples amigos; que nunca conocísteis el mal.»

Después de media docena de discursos, ya era hora, desde luego, de tener compasión de los restos del señor ministro de Chile; es decir de hacer que descansen en paz en el seno de la santa Catedral de Quito.

Y agora, paciente lector, tu indulgencia que tanto me es menester.

PREGUNTA

« . . . . . Libertad decís, amigos míos? Pues sabed que la libertad no es sino una palabra bella y sonora con la que el hombre se engaña á sí propio. Libre la humanidad, libre el hombre? Mentira! cada uno de vosotros, creédmelo, es hoja arrastrada por el huracán del destino. Ignora de dónde viene, no sabe á donde va, desconoce las vías por las que tiene que caminar, carece de vigor para contrarrestrar el impulso de esa fuerza irresistible, ciega, misteriosa—hado, azar, sino. Nos llamaremos, libres, daremos valor al esfuerzo individual. . . . . ?»

Luégo, sin dar tiempo á réplica, agregó: «De la cuna al sepulcro un poder oculto, incontrastable, os traza el sendero de vuestra peregrinación. Ni á la izquierda, ni á la derecha; ni tregua ni desvío, ni descanso ni contramarcha. Tenéis que caminar

tenéis que seguir siempre y siempre para adelante hasta tropezar con vuestra tumba. Libre la humanidad, libre el hombre? Las leyes os encadenan, el deber os ata con férreos nudos; y luego entre vuestra voluntad y el ideal que ambicionáis ha de interponerse el obstáculo, un algo que contraríe vuestro intento, que eche á rodar vuestros proyectos y os reduzca á completo desvalimiento. Las burbujas de jabón recrean la vista por los hermosísimos colores allí reflejados; mas cuán súbitamente se desvanecen al tratar de cogerlas. Del mismo modo la libertad: os seduce, os atrae con sus resplandores, con sus fulgidos destellos; pero cuidado pretendáis disfrutar, gozar de ella; os dejará burlados, se disipará. La libertad es un mito, creédmelo, oh! amigos míos.»

Calló el vehemente orador; y desde entonces me pregunto: la libertad no pasará realmente de ser un hermoso sueño, una bella palabra con la que el hombre engaña á sus semejantes y se engaña á sí propio?

FRUSLERIAS

"El inspector de la obra del sanitario Rocafuerte, confirma la creencia de que ese edificio, que ha costado como trescientos mil sucres tiene graves defectos de construcción; témese que se caiga al colocar la cubierta. Espérase el próximo informe de tres arquitectos".—Noticia de un diario guayaquileño trasmitida por uno de sus corresponsales en Quito.

No HAY duda: la tierra ecuatoriana es la tierra de las singularidades; la de los casos raros y extraordinarios. Se pagan impuestos por servicios que no se hacen; se cobran contribuciones por cuenta de caminos que no se construyen, ó jamas se acaban; se gastan centenares de miles de sucres en levantar edificios que amenazan ruína, antes aún de que lleguen á su término . . . *et sic de cæteris.*

Pruebas en confirmación de lo afirmado? Allá van unas pocas, en gracia del laconismo, aun cuando á porrillo se las podía presentar.

Quién conoce por estos trigos buen servicio de luz eléctrica? Nadie. En verano no hay agua, falta la fuerza motriz; si falta la fuerza motriz, el dinamo no puede moverse, lo sabe Perogrullo; si el dinamo no se mueve, no se desarrolla electricidad, claro!; y si no hay electricidad, qué alumbrado eléctrico queréis tener, almas de . . . . . quiteños? El resultado? Que no hay luz en verano, por falta de agua. Espérasela en el invierno. Pero rediós! qué sucede en el invierno? Que llueve—por esto se llama invierno precisamente, si es que nadie lo ha descubierto antes—que llueve, insisto en esto, con una furia de veinte mil demonios y con una porfía y tenacidad iguales á las empleadas por los señores conservadores en combatir á don Eloy Alfaro. Ahora bien, los fuertes aguaceros, por si ustedes no lo hayan advertido, aumentan el caudal del humilde Machángara; el auxilio ó refuerzo que recibe de las alturas, lo convierten en audaz y orgulloso, lo mismo exactamente que á ciertos tipos la protección oficial ó de gobierno; y una vez fuerte con apoyo ageno, qué hace el pillastre de riachuelo con pretensiones de río? Poca cosa, cargar con lo ageno, arramblar con lo que puede, como si fuera empleado encargado

de manejar rentas públicas. Dicho se está, pues, que se lleva también el dinamo; y como sin dinamo es imposible de toda imposibilidad, como diría un cierto abogado, que se desarrolle electricidad, resulta que tampoco hay luz. Total: que en verano por falta de agua y en invierno por exceso de ella, no mismo se tiene alumbrado eléctrico. Y el impuesto? Aquí te quiero ver escopeta. El impuesto sí que se lo cobran á los borregos de los propietarios de casas, con una exactitud inglesa, con un rigor semejante al observado en Siberia para con los condenados por el Zar. Probado y demostrado, pues, que se pagan impuestos por servicios que no se hacen en todo el año por . . . . . casos fortuitos, se entiende.

Lo de contribución por cuenta de caminos que no se construyen, es otro cantar cuya música se la tararea muy fácilmente.

Qué hacendado, qué dueño de predio rústico no está rústicamente gravado con el pago de cuotas para el camino B, la carretera C, la vía D?

Que llueva, ventisquee ó nieve; que sean buenas ó malas las cosechas, poco importa; el propietario tiene que pagar el mil por ciento para la construcción de esos instrumentos indirectos del cambio, como diría un economista. Pero el tiempo pasa; las contribuciones consumen una gran parte de la renta individual; el plazo señalado para la entrega de esos

caminos, carreteras ó vías llega; y con todo no aparecen, no se los ve á los tales. Lo que sí se ve y aparece es la gordura de los colectores y empresarios; lo que sí se ve y aparece son las casas que adquieren, los fundos que compran. Malo todo esto? Quia! Por qué ha de ser malo que se confirme la preciosa teoría del insigne don Federico Bastiat *acerca de lo que se ve y no se ve?* No se ven caminos, en el caso presente, cierto, pero que otras cosas no se ven en cambio, caro lector!

Edificios en construcción que amenazan ruína, qué habían de faltar en esta tierra de los casos raros, como alguien lo dijo ya.

Allá al norte, á las faldas del Pichincha, en sitio muy esmerado y científicamente elegido, se levanta soberbio, gigantesco hospital—*Sanatorio*, en término técnico, según lo llaman—para refugio y asistencia de los desgraciados que gimen cautivos de terrible, furiosamente destructora dolencia. En construírlo algunos años se han empleado, fuertes cantidades, miles de miles de sucres se han invertido; la obra, al parecer, llegaba á su término; los que la habían promovido y dirigido preparábanse á entonar el himno del triunfo, al verla concluída. Mas terrible sorpresa! cuando se creía contar con la victoria, resulta que hay el riesgo de que se hunda el edificio—con trabajadores, bellas ilusiones y proyectos—por defectos de construcción,

simplemente, como quien nada dice. Pero qué se ha de hacer? Consuélense los señores de la Beneficencia Olmedo con recordar, que frecuentemente pasa que llegue Blücher cuando se espera á Grouchy; ó lo que da lo mismo, que se presente el fracaso en la misma jornada en la que se creyó conquistar lauros.

Lo dicho: esta tierra es de los casos raros, de las historias desdichadas, la de los tristes destinos; tierra en donde cualquier truhan nos enquillotra á veces con sólo su pergeño, hace lo que quiere de nosotros y . . . . tranquilos y frescos á pesar de todo, seguimos pensando en alcanzar la eterna bienaventuranza, merced á nuestra adorable sencillez.

LAS LLLAVECITAS

ARTÍCULO AÉREO

SEÑORA . . . . .
—Señor . . . .
—Se sirviera usted decirme en qué pasan el tiempo las mujeres?
—Y usted se dignara avisarme de qué modo derrochan los hombres la mayor parte de él?
—Vaya! amiga; eso no es satisfacer mi pregunta.
—Ni tampoco la mía.
—Pues hasta la vista, señora.
—Señor, que lo pase bien . . . . .
. . . . . .
Vamos! por qué la señora interrogada no ha contestado franca y categóricamente en qué se ocupan las mujeres? Porque, al hacerlo, hubiera tenido que confesar la verdad;

y esa verdad es amarga para las.... mismas, hombre! para ellas. Sí tal. No les ha de ser amargo declarar que pasan el tiempo en el tocador y en buscar las llavecitas? Pasar tiempo en buscar llaves! Sí; el tocador y las llaves forman la esfera en la que se desenvuelve la actividad de las hijas de Adán.

El tocador y las llaves; he ahí los límites del espacio en que se agita la vida de la mujer.

El uno y las otras son su necesidad.

Al tocador acude la mujer por coquetería: quítese ésta y desaparece aquel; desaparezca el tocador y no habrá hermosura en las mujeres; hermosura .... artificial, se entiende; que lo que es la otra, la natural, esa la tienen sin esfuerzo alguno de su parte. El tocador es, pues, el altar en donde cada persona del sexo débil rinde adoración á la coquetería.

La coquetería es, por tanto, una necesidad; la necesidad de la hermosura. Pero continúe el primitivo asunto.

Las llavecitas dan ocupación á la mujer, por la falta de memoria que tiene. Y la falta de memoria, amén de ser una cualidad en ella—ya que *la memoria es el talento de los tontos*, es una necesidad. Qué sería de los hombres si la mujer tuviese memoria? Pobres de ellos! Y pobrecitas las mujeres con las malas partidas que las juegan las llaves.

No se ha visto señora que ha faltado á baile, después de estar com-

prometida á ir, por haber perdido las llaves del cofre en donde estaban sus aderezos?

De cierta novia se sabe que no se casó el día concertado por . . . . . Por qué? dirán ustedes. Pues, porque se le perdieron las llaves, las benditas llavecitas del baúl en el que había guardado el traje de boda, las zapatillas y el simbólico ramito de azahares. Qué noche que pasaría la pobrecita dando á los veinte mil demonios, no al novio, al cura, ni al señor jefe del regi-tro civil, sino . . . . . á las llavecitas.

Novecientos noventa y nueve casos más podrían citarse uno tras otro; pero . . . . . qué expediente el que se formaría! Y cuáato no hubiera que pagar al asesor por derechos de lectura, si las mujeres propusiesen demanda por creerse perjudicadas con la revelación de ciertos hechos?

Buscar las llavecitas es la cuotidiana ocupación de la mujer; y por qué es tan propensa á perderlas?

Vaya con la pregunta. Por qué? Porque el perder es la misión de las hijas de Eva. Dígalo el suceso aquel de la manzana.

Si pierden á los hombres, qué mucho que pierdan las llaves?

Exigir que dejen de perder al hombre, es pedir cotufas en el golfo; es pretender un imposible, como imposible es pedirlas que dejen de perder las llaves.

Qué méritos podrían alegar los del

sexo fuerte para entrar al cielo, si no resistiesen á las mujeres?

Y qué podrían á la vez hacer presente las mismas para ir al purgatorio, si no fuesen las llaves, esas llavecitas que ponen á prueba su paciencia?

No hay que admirarse de que los hombres vayan directamente al cielo, sin tocar, ni por curiosidad, en el purgatorio; mientras que las mujeres tengan que hacer escala en este segundo lugar para luégo pasar á la mansión de los bienaventurados.

No, no hay que sorprenderse; aquello es natural, lógico y justo.

Cómo exigir, con efecto, que vayan los hombres al purgatorio, después que harto han purgado aquí mismo con los caprichos y deseos, exigencias y tiranía de las mujeres?

De igual manera, cómo afirmar que haya mujer que caíga cuán larga es en el infierno, después de la vida infernal que ha pasado en la tierra con las llavecitas?

Si á los hombres salvan las mujeres; á las mujeres salvan las llavecitas.

Benditos esos dos diversos medios que conducen al mismo fin.

Benditos, pues, esos distintos caminos que llevan al mismo paraje.

ALGO ACERCA DE ALGO

Un notable escritor aconseja que se preste mucha atención á las particularidades más insignificantes. Para Smiles la manera cómo una persona lleva un alfiler, puede servir para juzgar de los hábitos y aun del carácter que tenga. Tal doctrina no debe aceptarse en todo su rigor. Juzgar de un individuo, por un pedazo de alambre, acaso daría por resultado una sola estimación para todos. De las mujeres especialmente, ninguna de ellas descuida nada de lo que pueda influír en el ornato. Nada de eso. Si por algo pecan, es precisamente por la esmerada atención que prestan á embellecerse. La manera cómo han de dirigir la mirada, el modo de caminar, las veces que han de estornudar . . . . . todo lo tienen arreglado de antemano en *número, peso y medida.* Y después de ésto, atrévase usted á juzgar

de las hijas de Eva por un alfiler. Pobre de Smiles, cómo se habrán reído de él las muy bribonas! Hay, pues, que acudir á otro principio menos sencillo para estimar las cualidades agenas. «Habla para que te conozcan»; he aquí la más segura piedra de toque de la educación y cultura de una persona.

El cultivo esmerado de la lengua patria es, á la verdad, un deber del que no puede eximirse quien aspire á no muy humilde peldaño en la escala social. De algún tiempo acá, preciso es reconocerlo, se presta mayor solicitud al estudio del arte de bien hablar; con todo queda todavía mucho por hacer. En el trato familiar principalmente, hay varios errores por corregir, muchos vicios por extirpar; y si es cierto que no ha de exigirse un lenguaje académico aun dentro del hogar, tampoco debe tolerarse el poco miramiento con que allí se trata á las reglas gramaticales. A lo contrario; como quiera que la más importante escuela para la formación del hombre es la de la familia, conviene insistir en la necesidad de dar allí, ejemplo de respeto y veneración por el idioma, á fin de conservarlo puro y brillante.

Si se tolera el uso diario de absurdas frases, si se dejan pasar por alto modismos ó locuciones viciosas, si, en una palabra, se mira con indiferencia el ataque á la pureza y precisión del lenguaje, día vendrá en que la altiva y melodiosa lengua caste-

llana llegue á un período de plena decadencia y enervación. Contribuir á mantener el precioso tesoro del idioma libre al menos de viciosas alternaciones es, pues, santa y noble empresa.

Cada pueblo, es verdad, tiene á modo de su fisonomía peculiar, ciertos propios y exclusivos modismos con los cuales ha modificado algún tanto el idioma recibido por herencia; y aun cuando tratar de extinguir tales modismos fuera vana pretensión, quizá sea oportuno dar á conocer las naturales y correctas frases ó palabras equivalentes.

Hecha tal aclaración, conviene entrar en materia.

Los augustos nombres de *padre*, *madre*, van desapareciendo poco á poco del uso común. Hoy hombres del pueblo, campesinos cargados de años, no quieren tener padre ó madra, sino papá, mamá. De seguir adelante en el empleo de estas voces, pronto se dará de esta manera principio al Padre nuestro: «Papá nuestro que estás en los cielos» . . . . . En los niños, en los de cierta esfera social, se entiende, nada tan gratas para quien las oye como esas expresivas palabras—papá, mamá; pero en boca de hombres adultos son para poner los pelos de punta.

Voy donde Fulano, vengo de donde Sutano, se oye al voltear de cada esquina; y no sólo á gente ruda, más también á personas de cierta gerarquía social. Ahora bien, el adver-

bio donde, denota lugar, es de lugar; hacerlo preceder á un individuo, es absurdo, es convertir á éste en sitio, en objeto material. En vez de la frase anotada, dígase: Voy á casa de Fulano, vengo de la habitación de Sutano; ó bien: Voy para Pedro, Juan ó Diego . . . y santas pascuas.

Censurada ya por Montalvo, consérvase todavía por estas tierras la expresión *estar en estado interesante*, para designar á la mujer próxima á tener un hijo.

Cuál haya sido el origen de la frase, acaso sea difícil decirlo; mas en cuanto á ridícula—es lo cierto--pocas la igualan. Una mujer en aquel estado, esto es, preñada (y cuidado con escandalizarse por esta palabra) una mujer en tal estado digo, podrá ser todo cuanto se quiera menos interesante. Qué interés ha de excitar en ánimo alguno, quien va por ahí convertida en globo aerostático? Esto se conoce, de seguro, mas la malhadada frase—*estar en estado interesante*—ha de seguir circulando hasta que el santo aquel de las negaciones, quiero decir, San Pedro, baje el dedo.

Tan frecuentemente empleadas como la anterior, son estas dos expresiones: *estar en cuerpo*, *estar en cabeza*. Manifiesta ó da á entender la primera que en el vestuario se ha dejado aparte el pañolón (lo cual en las quiteñas—y aquí en confianza—es raro caso;) y la segunda, que un individuo está sin sombrero, con la

cabeza descubierta. Decir que una mujer *está en cuerpo* cuando no lleva pañolón, que alguien *está en cabeza* cuando la tiene descubierta, será propio, será correcto? Si las palabras han de guardar relación con las ideas, si han de servir para expresar el estado real ó moral de los seres ú objetos, debe procurarse á toda costa la propiedad y precisión en el empleo de aquéllas. Sin estas condiciones, nadie lograría comunicar sus ideas de una manera completa, sino á medias, cuando nó lo contrario de lo que se desee. Y esto pasa en las frases anotadas. Quien oye decir: «Pedro está en cabeza», puede suponer cuando menos que el infeliz está clavado, de cabeza en el suelo; y en verdad lo único que se ha querido significar es que el tal no lleva sombrero, que tiene descubierta la cabeza. *Estar en cuerpo, estar en cabeza* no serán expresiones algo impropias?

Impropiedad y muy notoria hay también por estos trigos, en el uso de las palabras *señorita y niño*. La primera, empléase en el tratamiento á mujeres, casadas: y la segunda, aplicable sólo á personas de corta edad, se considera como distinción de cierta clase social.

Introducida entre algunos la manía de llamar *señora* á su mujer, copio lo que para censurarla dice un eminente filólogo. «Quién había de creer que en pleno siglo vigésimo habíamos de tomar por modelo á

Amadis de Gaula, que tenía su señora Oriana? En efecto, ya nadie tiene ni mujer, ni esposa, ni consorte, ni su *oíslo*, como lo tenía Sancho. Un casado no tiene ya sino señora, de suerte que todos los casados son esclavos. . . . . Quién sería el primero á quien ocurrió la simpleza de que era poco fino llamar mujer á la mujer? Si ese hubiera vivido más, no habría dejado de caer en la cuenta de que una mujer casada debería llamar *mi señor* á su marido. . . . . La cosa no tiene ya remedio: de hoy en adelante cada casado tendrá señora, aunque no lo haya sido ni antes ni después del casorio. El zapatero dará á ribetear los cortes á su señora; el peón que está cavando mandará á su señora á que le traiga la chicha, el soldado renegará porque su señora no llega con la comida al puesto de guardia. No, eso ya no tiene remedio; pero sí debemos esforzarnos todos á fin de que estas y otras innovaciones no lleguen á arraigarse y á extenderse tanto, que vengan á convertirse en pruebas de general ignorancia y mal gusto».

De mal gusto es también esta frase. . . . pero queden ella y algunas más para otra ocasión. Con todo, para terminar unas pocas observaciones.

Vulgarizar cuanto se pueda la lectura de los mejores escritores, confiar la instrucción primaria á personas conocedoras de la lengua cas-

tellana; tales son—entre varios otros medios—los conducentes á corregir y desterrar los errores no sólo del lenguaje familiar; sino aun los de otros más elevados. Es necesario tratar de conocer la índole de la propia lengua.

Un escritor ecuatoriano, en importante trabajo publicado hace algún tiempo, lamentábase de la degeneración del castellano, é insinuaba la necesidad de prolijo estudio de él. Hoy aún conviene insistir en el mismo asunto, como quiera que todavía subsiste el mal.

Cambiadas algún tanto las ideas de antaño, aspírase hoy á distinguirse en la sociedad por el saber, la ilustración. He aquí, pues, un motivo más para afanarse por el estudio de la lengua patria. «Habla para que te conozcan»; tal debe ser la más segura piedra de toque de la educación de una persona cualquiera.

VENGADO

Artículo malo,
pero corto.

¡Ah! sí, recuerdo bien: la conoció el fogoso adolescente en una mañana, cuando las flores se abrían al dulce calor del sol. No era bella, exageradamente bella; pero cuánta simpatía la de aquel rostro. La vió y la amó. Ni cómo resistir al hechizo de la penetrante mirada y al encanto de los voluptuosos hoyuelos? Los hoyuelos . . . . qué mansión tan espléndida de las gracias, Dios santo! Reparó, se fijó en el interés y embeleso con que la contemplaba? Lo ignoro; mas á los pocos días, querer es poder, la visitaba por vez primera.

No se equivocó. La había imaginado inteligente, culta; y las con-

versaciones — esas conversaciones animadas, expresivas, llenas de calor y entusiasmo — le demostraron que ocupaba elevado peldaño en la escala intelectual. Mientras tanto, aumentaba más y más su pasión. Las visitas quincenales primero, pronto fueron diarias. En ellas, verdad, no podía adelantar mucho, como quiera que para halagarlo, sin duda, salía toda la familia, y familia numerosa por cierto—padres, hermanos, tíos, abuelos; mas por qué afanarse por acelerar la deliciosa ruta del primer amor? Por otra parte, el lenguaje mudo pero elocuente de los emisarios del alma—los ojos, no le revelaban que era suyo ese corazón, sagrado altar no ocupado aún por ídolo alguno?

Confiado y dichoso, cuántas ilusiones, cuán bellos ensueños forjaba para lo porvenir. Por desgracia, pronto aparecieron nubes en el cielo de su ventura. Notó que se le obscurecía el sol de la fortuna; pues que menguaban para él las atenciones y cariño de los primeros meses; y como al buen entendedor basta media palabra, tocó retirada. Difícil lo era explicar satisfactoriamente tan brusca y notable mudanza. Abogábase en un mar de conjeturas; mas á la postre despejóse la incógnita. Un aventurero diestro en asaltar y rendir fortalezas débiles, es decir mujeriles, para justificar la paradoja, se había presentado de rival, sin dar cuenta con ello á nadie absolutamente. En

esa lucha solapada y cruel, debía salir derrotado, irremisiblemente derrotado el confiado adolescente. Era por ventura charlatán sin nervio, amigo de echar bernardinas y advenedizo, por añadidura, condiciones, por desgracia, que tan fáciles triunfos conquistan. . . . en . . . Majaderópolis? Ciertos rumores empero principiaron á crear sospechas respecto á ese quidam. Asegurábase que era un caballero de industria; pero cómo creerlo fácilmente, si se trataba de un extranjero? . . . . Mientras tanto, aumentaban los rumores, crecían las sospechas; las acusaciones vagas, indeterminadas, se concretaban, se precisaban, citábanse nombres, lugares . . . . . Sacó al fin las uñas el ave de rapiña: el día menos esperado anocheció en la ciudad y amaneció . . . . . el diablo sabe en dónde. Súpose entonces la verdad: el angelito había volado después de acometer mil hurtos á media humanidad y de dejar burlada, cruelmente burlada á la niña. De aquella caída moral, pretendió que la salvara el postergado adolescente; mas bonito estaba para presentarse como editor responsable de obras agenas!

Hoy la pobrecita trata de llenar el vacío del alma con el misticismo. Por qué vituperarla? La mujer acude siempre á Dios, cuando nada espera ya de los hombres. Cuanto al perdón del altivo adolescente, lo tiene hace mucho tiempo; por ventura no está vengado, noblemente vengado?

HERMOSA OBRA

Una edición más del folleto. «Cuestión de límites entre el Ecuador y el Perú por Pedro Moncayo?» Magnífica idea. Es aquel folleto hermosa obra; obra de ciencia concienzudamente realizada por uno de los más preclaros ecuatorianos.

Quién fué Pedro Moncayo? Quizá haya muchos de entre sus mismos compatriotas que ignoren cuánto ese nombre significa en la historia patria. Ingratitud y envidia aspiran frecuentemente á que el olvido devore nombres que deberían ser sagrados para los pueblos; y luego fija su atención en los intrigantes, en los sediciosos de la hora presente, en los «espantajos huecos que se presentan insolentemente para engañar la penuria de los estados», apenas si pueden ocuparse en estudiar las per-

sonas beneméritas de la historia nacional.

Triste suerte la del genio, la del varón animoso y esforzado, la del desinteresado y leal servidor de la patria! Amarguras, desengaños, injusticias, en vida; ligeros encomios de periódicos y quizá tardías estatuas, cuando muertos.

Montalvo, Moncayo, Pedro Carbo . . . . . nada todavía de parte de sus conciudadanos que tienda á perpetuar su nombre, su memoria. Y con todo, representa el primero el genio, el genio en su más amplia y legítima acepción; el segundo, es todo un carácter, y el tercero, lo inmaculado é integérrimo, por excelencia.

Fué don Pedro Moncayo el verdadero fundador de la escuela liberal avanzada, en el Ecuador. Sus combates en la prensa, en la tribuna, han ejercido decisiva influencia en los destinos de la nación ecuatoriana. Como periodista, le dan nombre glorioso *El Quiteño Libre, La Linterna Mágica*; como patriota, recomiéndalo á la gratitud de la posteridad, la brillante exposición que hizo del derecho que tiene el Ecuador al territorio que le disputa una de las naciones vecinas.

Ciego quien niegue la *perfectibilidad* humana, es decir la aptitud de la especie humana para mejorar, para perfeccionarse en todo sentido. Lo raro con todo de dar hoy con ciertas virtudes, infunde recelo respecto á la lentitud con que se sigue

en el camino que conduce á ese término.

También en la hora presente se estudian los arduos problemas patrios que deben resolverse; se escriben asímismo obras acerca de límites; mas el amor á la patria para nada interviene en ello; el negocio, el tanto por ciento, lo hacen todo. Si para algo se recuerda del patriotismo, es en cuanto se lo puede convertir en artículo de comercio. Peligra la patria? Se la defenderá, siempre que previamente se pongan en las manos unos tantos centenares de billetes de banco. No se conviene en la tarifa? Pues que perezca. Qué importa lo demás, si no se llenan los bolsillos? El negocio es lo principal, fuera de eso no hay sino fastidiar y fastidiarse.

Muchos y buenos materiales tenemos para acreditar nuestro derecho á las regiones territoriales en disputa, muchos abogados y defensores se nos ofrecen; mas se cobra tanto por la compilación de los primeros, exigen tanto por su *patriótica* labor los segundos, que francamente conservar ó recuperar por tales medios el territorio en litigio, costara el doble de lo que buenamente vale.

Uno de los pocos agenos al deseo de lucro en la defensa de los intereses nacionales en la vieja querella de límites, el eximio ecuatoriano doctor don Pedro Moncayo. Sin más mira que la de servir exclusivamente á su patria, escribió acerca de tan

importante asunto un folleto de verdadera estimación; folleto por desgracia raro de conseguirse por el largo tiempo transcurrido desde que se lo publicó; pero hoy en buena hora nuevamente editado, merced al recomendable y patriótico afán de uno de los parientes del distinguido redactor de *La Linterna Mágica*.

Divagará en la exposición de los hechos el autor de «Cuestión de límites?» Por ver de aumentar la simpatía á la causa nacional, acudirá como socorrida táctica, al arbitrio de presentar á la parte contraria como falaz y cobarde? El asunto, árido de suyo, lo volverá aún más pesado, con digresiones extrañas, con fatigosas repeticiones? Nada de esto. Directamente, en línea recta, como se remonta el águila por el aire, va al punto que debe ir, lo presenta en su verdadero aspecto, lo estudia con método y conciencia, «como es según el derecho antiguo, la historia, la tradición; como lo es, según la ciencia, los viajes y las opiniones de los sabios, como es, según el derecho nuevo, los tratados públicos y los documentos oficiales.» He ahí, pues, un buen folleto, un folleto de trascendental importancia, en la hora presente, en que la secular cuestión de límites parece toca á su término, después de haber melancolizado por tan largo tiempo al pueblo ecuatoriano.

Adquirir ese folleto, estudiarlo; tal el deber de todo buen patriota.

BAGATELAS

Vicio de raza? Quizá. Mas es lo cierto que entre nosotros peca por vieja esta costumbre: censurar sistemática y apasionadamente á todo gobierno. Lo ha observado alguien: se reunen unos tantos amigos en un casino, por ejemplo, y en conversación animada y sostenida hablan de todo. Tratan de las bellas artes? Pues los poetas, los pintores, los músicos contemporáneos, pretéritos y futuros merecen elogios á granel y aplausos sin tasa. Se refieren á las mujeres, al juego y á cuanto Dios y los hombres crearon para que sea objeto de distracción ó materia de placer? En buena hora, cada cual aguza el ingenio para ponderar al grado que su fantasía alcance, los encantos de su afición predilecta. Hablan de historias, de ciencias, de producción

nacional y de otras cosas más? Pues todo es tratado con entusiasmo, fe y sinceridad. Llegó empero el turno al gobierno y entonces sí ¡oh campo de Agramante! ¡oh mar revuelto de pasiones! ¡oh gobiernos pecadores! no hay acusación, censura ni denuesto que no recaigan sobre los desdichados de los hombres que los forman.

Vicio de raza, defecto de educación? Sea lo que fuere, es innegable que ese pesimismo para juzgar del gobierno es funesto, como quiera que destruye buenos proyectos, mata fecundas iniciativas y quita á los hombres que están en el poder todo aliento animoso para útiles reformas, para nuevas mejoras.

Concretando algo más el caso: en el Ecuador, qué obra de gobierno, por pura, beneficiosa, patriótica que haya sido, no ha merecido acres, violentas censuras? Cuando el presidente García Moreno fundó la escuela politécnica, se le calificó de disparatado por haber acudido á un esdrújulo medio latino, medio griego para designar el conjunto de cátedras de diversas ciencias; y aún hoy mismo, excepción hecha del señor doctor comandante don Aparicio Ortega, no hay quien le absuelva de los fusilamientos á los prisioneros de Jambelí, por ejemplo; cuando, preocupado por la eterna salud de aquellos desdichados, no hizo en buenas cuentas sino mandarlos á la eternidad, en día y momentos precisos para

que alcanzasen la infinita bienaventuranza.

Con cuán negros caracteres se pinta la administración del general Veintemilla! No se afirma que toda ella huele todavía á cuero, únicamente por haber hecho uso de este medio de reprensión en aquel entonces empleado aun en las escuelas y hasta hoy en los cuarteles?

Al señor don José María Plácido Caamaño se le han formado artículos de acusación, por haber tenido presente el principio *similia similibus curantur*, para atajar los males de la patria; esto es, haber acudido á remedios radicales para librarse de enemigos y reformadores radicales, como Vargas Torres, González y otros más que ni llegaron á formar un centenar siquiera.

A don Antonio Flores, el hijo de nuestro abuelo—Juan José, el progenitor de la madre patria ecuatoriana—no le perdona el clero el que, por medio de la misma mano del Santo Papa, le diera bofetones tan soberanos, como la abolición del diezmo verbi-gracia.

De Cordero, de Alfaro, qué decir? Al gobierno del primero de estos caballeros, se pagó con la más grande ingratitud la maravilla de haber descubierto la manera de que produjese algún dinero el pabellón nacional, cuando apenas servía para que perdiese los colores, dejándolo á viento y sol, en ciertos días, en los edificios públicos; y en cuanto al

del *viejo luchador*, como con derroche de tanta gracia y fósforo se lo llama, los mismos beneficiados en él, y con ellos los ecuatorianos todos, no lo maldicen y lo pintan como uno de los más funestos para la república?

La exhumación, valga la frase, de tales hechos, prueba ese vicio de educación sociológica: la crítica injusta y apasionada á los gobiernos, de cualesquiera clase é índole que sean.

Vicio semejante no desaparece, por desgracia; al contrario, parece estuviera hoy en su mayor florecimiento. No se observa la manera despiadada con que se interpretan, analizan, censuran y critican los más inocentes actos del actual gobierno? No se ve cómo se le combaten las más puras, patrióticas acciones? Si proteje á determinados periódicos, á fin de que haya luz, más luz en todo, se le acusa de corromper á la prensa y de convertir en venales á los escritores; como si ahora, época del positivismo, hubiese gente que manejase la pluma por dinero y no por la gloria únicamente. Si hace que el ejército dé á los ciudadanos indiferentes en las contiendas electorales, ejemplo de asombrosa destreza en multiplicar votos, se le califica de corruptor del sagrado derecho de sufragio; cuando es bien sabido que no hay tales carneros en el rebaño, ó lo que es lo mismo que tal derecho ni es derecho ni es

sagrado. Si designa al que debe heredar la presidencia, se le califica de arbitrario, de dictador; como si el Código Civil mismo no reconociese el derecho que tiene cada cual para trasmitir lo suyo por herencia. Ocurre algún desastre en la región oriental? Se le echa en cara que no cuida del honor nacional, como si no hubiera honor más que en pagar lo que se debe y en hacer frente á los vencimientos á los bancos. Acude á ciertos ex-conservadores como inmejorables instrumentos para conseguir determinados fines? Pues entonces se le llama corruptor del carácter individual; como si esta prenda no hubiera sido siempre un mito en tierras ecuatorianas. Da la ley de cultos? Aquí te quiero ver escopeta: se le denigra, se le execra, se le maldice y se le dice hasta ladrón, como si no fuera viejo principio aun en la culta Europa de que la *propiedad es robo*, ó lo que da lo mismo que el robo es propiedad. . . .muy recomendable en ciertos casos y personas. . . .Qué estímulos, pues, para arrimar el hombro á empresas de aliento, á reformas salvadoras; qué bríos para proyectos animosos, para iniciativas fecundas, si tan arraigada está por estos trigos, la costumbre antipatrótica de hablar mal del gobierno?

Y luego si parece verdad innegable que *cada nación tiene el gobierno que merece*, no se presenta menos

merecedora de indulgencia aquella deplorable costumbre?

Resuélvelo, tú, discreto lector; que yo.

Con estas cosas que digo
Y las que paso en silencio,
A mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

LAS FUMADORAS

He ahí una plaga más repulsiva que la de las langostas. Que un hombre se convierta en chimenea andante, es cosa que no disgusta; pero que una mujer apriete entre sus labios un cigarrillo, eso sí que es grave.

Muy grave especialmente desde el punto de vista económico. Qué ha de ser de los pobrecitos que tomen por eterna compañera á una de aquellas que consumen legítimos habanos? Dígase lo que se quiera, los hombres son, en la colmena de la vida, las industriosas abejas que sostienen á los . . . . . digo á las mujeres. Un vicio más de éstas, significa, pues, un gravámen más á los bolsillos varoniles; y cómo tolerarlo después de tantos como sobre ellos pesan?

Eso sería el colmo de todo!

Que se contenten con el polvo que nos exigen para refrescarse. Pero que después de todo esto, y algo más que la prudencia aconseja callar, traten de obligar á que se sostenga su capricho de arrojar humo, cosa es que no se la debe tolerar.

En qué fundan, vamos á ver, en qué fundan las mujeres su nueva *humorada?*

Quieren, por ventura, tener un punto más de semejanza con nosotros?

Peor por allí.

Hasta nuestra puntualidad en el despacho de nuestros negocios, va á sufrir con esta bendita costumbre de las mujeres. Por apresurado que uno vaya ¿cómo negarse á dar á las hijas de Eva que lo soliciten, la candela de nuestros cigarrillos? Y he aquí otro descubrimiento: las mujeres no contentas con atacarnos en lo doméstico, quieren hacerlo públicamente. Ni las calles, ni las plazas serían suficientes á librarnos de un ataque mujeril á la chispa de . . . . nuestro cigarrillo. Sobre las armas, pues, los del sexo fuerte!

Si hoy las mujeres se arrojan los derechos de nuestra soberanía, el derecho de fumar, mañana pueden muy bien quitarnos todas nuestras prerogativas . . . . . .

La mujer y el cigarro tienen, con todo su analogía. Analogía?—Sí, tal. El cigarro se convierte en ceniza; y á ceniza se reduce también la hermosura de la mujer. Y tal afirma-

ción no es temeraria; el tiempo con la lógica severa de los hechos, sale en apoyo de esta verdad.

Cuántas manchas en nuestra ropa nos recuerdan el cigarro que ayer no más consumimos con delicia!

Cuántas mujeres que son hoy el espanto de los niños fueron ayer el blanco á donde se dirigían las aspiraciones de una lucida juventud!

Pobres mujeres.

Aún hay más: el hombre ama el cigarro á pesar de la nicotina, ese veneno activo que lentamente destruye nuestro organismo; y adora á las hijas de Eva á pesar también del veneno que muchas de ellas encierran en sí.

Esta analogía entre el cigarro y la mujer no autoriza, empero, á que ésta use de aquel.

De ninguna manera.

Cómo autorizar una costumbre perjudicial á nosotros?

Decididamente, hay que declarar guerra á muerte á las fumadoras.

Que á las tales se las prive de entrar en relaciones con el hombre, y verán cómo las pícaras dejan el vicio de fumar. Por un hombre son las mujeres capaces de despreciar, no digo el cigarrillo, el cielo que fuera.

SIN TITULO

La imprenta, dice uno de los más esclarecidos escritores ecuatorianos, debe ser, y es en las naciones pulidas, una tribuna sagrada: el escritor es sacerdote; el género humano, el auditorio; el mundo, el santuario. Si el sacerdote blasfema, si evoca al espíritu malo, si vocifera y se retuerce como un poseído, profana el santuario; y todos tienen derecho de sacarle fuera, como el Señor echó del suyo á los fariseos.

A pesar de reconocer la verdad de las frases anteriores, es lo cierto que, por vicio de raza, defectos de educación, ó cualquiera otra causa, olvidamos en la práctica de los nobles propósitos á que debe aspirar la prensa; y en las discusiones pe-

riodísticas, lejos de permanecer dentro de los límites señalados por la circunspección y cultura, descendemos al innoble terreno de los insultos y difamaciones.

Para servirnos de la imprenta, del periodismo, para calumniar y ofender, irritar y baldonar, hay desde luego, entre nosotros, el estímulo del entusiasta agrado y maligna complacencia con que acogen los lectores, escritos que, despojados de todo afecto de piedad, abrasan con el fuego del odio fama y honra ajenas.

Alardeamos de caritativos; y nos complacemos ver al desnudo las flaquezas del prójimo. Deseamos pasar por serios; y mientras tanto, aquí está en su mayor florecimiento el culto al escarnio y á la burla.

Discusiones razonadas, sensatas? Pocas, raras veces. Andanadas de frases agrias, hirientes por una y otra parte. Y el punto controvertido? Ni desflorado las más de las ocasiones.

Sería conveniente saber hasta que grado pueden instruir ó interesar polémicas por la prensa, de carácter acre y personal. Cultura en regalar al adversario con duros y fuertes epítetos? Enseñanza, progreso en agotar en mutuo descrédito palabras de insulto de un vocabulario entero?

Es curioso observar lo que frecuentemente ocurre entre nosotros: periódicos que se consideran como

voceros de partidos políticos rivales, lejos de discutir principios, de sostener y demostrar la bondad de las respectivas doctrinas, de buscar simpatías á sus ideales, lánzanse con furia y encarnizamiento á calumnias y denuestos. No satisfechos todavía con esto, exhuman acciones privadas, invaden lo sagrado del hogar, en desesperada porfía por ver de presentar al adversario cada cual con los más negros y odiosos borrones.

A dónde la sociedad con discusiones periodísticas que sirven de motivo de escándalo?

Qué esperanza de mejoramiento social, si la prensa, aplebeyándose, prostituyéndose, aviva odios y fomenta venganzas? Enseñar la verdad, buscar luz para las inteligencias extraviadas, discutir tranquila, serena y desapasionadamente asuntos de interés general, ocuparse en cuanto tienda al bien, al progreso nacionales. . . . esto y mucho más no le toca, no le corresponde? A qué, pues, apartarla de tan noble y sagrada labor?

Dado el grado el cultura en que estamos, es ya época de que se considere que «la imprenta no conviene convertirla en una vieja zarapastrosa y obscena que derrame por los labios laba pestífera, ni tampoco en tea que antes que alumbre, incendie el mundo», según la bella expresión del insigne don Juan Montalvo.

Sería verdaderamente obra merecedora de recomendación el que la prensa seria y la gente sensata formasen una especie de pacto ó *liga*—como la que hay en varias naciones para combatir la tuberculosis, por por ejemplo—á fin de contener los avances de la procacidad periodística. Es punto de *higiene moral* que interesa mucho al bienestar de las sociedades.

DIARISTAS

«Son los supersticiosos
muy buena gente,
mas nunca en una mesa
se sientan trece.»

Yo no sé si los diaristas sean supersticiosos, ó si se sientan ó no trece á la mesa; lo que sí está fuera de duda, lo que salta á la vista es que algunos de aquellos señores son muy buena gente.

Oh! qué bonísima, qué candorosa gente!

Ese candor, á pesar de estar á miles de miles de años alejados del paraíso terrenal, embelesa verdaderamente.

No creen con toda firmeza que con sólo tratar en tono magistral de un asunto logran cambiar la naturaleza misma de las cosas? No están persuadidos de que pueden deci-

dir en toda materia y sentenciar sin apelación en cualquiera contraversia? No juzgan que tienen en la punta de la pluma la honra y buen nombre de los ciudadanos, el crédito y estabilidad de los gobiernos?

Mi pluma le mató, dice por ahí un escritor, al referirse al desastrado fin de cierto gobernante de una república. Fue la de una gran fuerza intelectual, la de un coloso, esa pluma, verdad. Pero no brote el vengador *rayo* por decreto divino en un momento dado; y, de seguro, que se rompía primero aquélla, antes que sus propósitos lograra.

Además, era periodista el autor de los *Siete Tratados*, diarista, mejor dicho?

Pero se olvida del punto principal. Y era . . . . . ? La bonísima índole de los diaristas. Oh! qué gente aquella.

Y qué frasecillas las que tienen. Si son de una adorable sencillez; de una sencillez semejante á los arrumacos que se hacían nuestros inolvidables y eternamente célebres Adán y Eva, antes de la saboreada historia de la manzana. Y lo curioso del cuento es que unos á otros se las trasmiten, como preciosísimas reliquias.

Llega un individuo muy conocido de sus acreedores. Se sabe el nombre por las listas de los alojados en las casas de posada; falta además un cuarto de columna para completar el material justo y preciso del

diario. Bien. Qué hace ó se le ocurre al diarista? Escribir, palabras más ó menos, un *social* de salutación en esta forma: «Ayer en carro rápido ha llegado á esta ciudad, por asuntos particulares, el distinguido caballero don José de las Pamplinas.—Que tenga grata permanencia entre nosotros, *son nuestros deseos. Son;* así, en plural, con todas sus letras. Mientras tanto, fuera del de grata permanencia, qué otro deseo aparece allí? Por más que se busque, no se halla otro. O hay deseos que valen por muchos?

Lo mismo se lee con frecuencia en los *sociales* de boda. «Anoche se unieron con los indisolubles lazos del matrimonio, y por las dos vías—civil y eclesiástica, la hermosa señorita Rebeca Tordesillas y el estimable joven don Severo León.—Que la luna de miel les sea eterna, *son nuestros deseos.*» Lectores y novios procuran dar con algún otro deseo, como regalo de bodas; pero no lo consiguen, aun cuando se dén de cabezadas.

Oh! qué frases aquellas.

«Las elecciones están en su *período álgido*» . . . . . «Llegó la discusión al *período álgido* . . . . .», se escribe para dar á entender el momento de más calor, de más actividad; aquellos instantes en que se han reñido verdaderas batallas, por tal ó cual motivo. Pero qué resulta, qué hay en el fondo de tales expresiones? Que se presenta una idea contraria á la que se quiere dar á entender; ya

que *álgido* significa frío, pues viene del latín *algeo*, tener frío, helarse, estar aterido, transido de frío.

Oh! qué frases aquellas.

«Reinó la más grande cordialidad», es el obligado complemento de toda noticia de almuerzo, comida ó baile. Pero se reunieron por ventura para abofetearse ó darse de puñaladas, ya que se avisa como cosa nueva, rara que nada haya sucedido? Puede con justicia preguntar cualquier lector.

«Participamos con el mayor placer que el próximo domingo predicará el padre Piel de Lobo. . . . . .» «Anunciamos con verdadero contento que está ya fuera de peligro el laborioso artesano Juan Informal». Siempre que leo noticias semejantes, decía alguien, me figuro ver á todos los redactores de los periódicos que las dan, cogidos de las manos, en baile entusiasta al rededor de la mesa por tales sucesos.

Para ciertos diaristas, á pesar de lo que dijo el poeta:

«Que haya un cadáver más, qué importa al mundo?»

cualquier individuo que muere deja un *puesto difícil de llenar*, aun que haya dejado el de amanuense de oficina, para llenar el cual—y cualesquier otros puestos del gobierno—sobran pretendientes; y á toda reunión concurre siempre lo más *granado de la sociedad*, aun cuando ese *granado* haya estado muy *desgranado*.

Es soberbio todo esto.

Luego, qué decir de la admirable confianza con que cuentan á los lectores aquello que maldita la gracia si tiene interés alguno? Se multa al portero de la más humilde oficina? Pues, zás! un *suelto* de crónica. Se insultan dos vendedoras de la plaza de mercado? Gran noticia! Media columna destinada á referirla. Pero, la gacetilla de un periódico es algo como especie de basurero, para depositar allí sin tino ni criterio cuanto adefesio circule por esas calles de Dios?

Una noticia, dice un escritor, debe darse al público con el debido discernimiento de lo que ella encierra, y puesto la mira en lo que pueda ó deba producir en la práctica. Las noticias, como conocimientos que suministran, si no tienden á sólo el entretenimiento, han de dirigirse á instruír ó moralizar.

Pero también conviene ponerse en la situación de los pobres diaristas; y aquí en Quito, por ejemplo, en la tranquila y feliz ciudad de Juan Moriconi, donde pasamos contentos y felices con la dulce creencia de que vivir es respirar, qué noticias instructivas ó moralizadoras hay para dárselas todos los días á los lectores?

No hay duda: son los diaristas muy buena gente; y más afortunados que Colón en descubrir nuevos mundos para el idioma.

Sesionar, obstaculizar, á diario .... son todo un nuevo mundo. Mas el

ocuparse en estos y otros vocablos feroces, exige artículo aparte.

Hasta cuando Dios sea servido de que alguien lo escriba, ambiciono únicamente que los señores diaristas, á quienes de corazón estimo y respeto, jamás se acuerden del autor de este articulejo, ó que si llegan á ocuparse en algo que á él se refiera, lo hagan *álgidamente*, esto es en un período de verdadera *algidez*.

A ESPAÑA Y POR ESPAÑA

Artículo publicado en un diario quiteño, con motivo de la edición extraordinaria que «*La Linterna*», dedicó al comisionado por don Alfonso décimo tercero de estudiar el litigio de límites entre el Perú y el Ecuador, para expedir el fallo arbitral.

Cuán hermoso número el que «La Linterna» obsequió anoche—viernes diez y siete de Febrero de este año de gracia—al señor don Ramón Menéndez Pidal, y, por concomitancia, á los lectores de tan popular y aristocrático diario.

Se recuerda de la mariposa de que habla Taine? Un naturalista amigo del filósofo francés logró formar una bellísima, con alas, cabeza y demás miembros pertenecientes á otras diversas.

Igual cosa, y con magnífico éxito, han conseguido los señores redactores del diario en referencia: con artículos nuevos y viejos, inéditos unos, publicados ya otros, con propios y ajenos, con poesía y prosa, con anuncios y folletín, con partos de académicos, con atentados poéticos de principiantes, con lo nacional y lo extranjero, con lo de acá y lo de más allá, han compuesto—ó *confeccionado*, en sentido periodístico modernista—un número que iguala, si no aventaja, al afamado *París Murcia* que escribieron, cuando las inundaciones de Andalucía, Víctor Hugo y varios otros poetas y escritores franceses Cuántas bellezas las de aquel folleto destinado a venderse en una fiesta de caridad á favor de las víctimas de la inundación. Cuántas no menos en el número de «La Linterna», dedicado á esotra víctima de nuestro amor á España, el señor Menéndez Pidal. Quién no goza al leer *España y América* del insigne don Remigio Crespo Toral? Cierto que no se llega en una sola jornada al fin de aquel poema, como pasa con el canto á Bolívar de Olmedo; mas cuando, después de algunas estaciones, se concluye la lectura, se siente verdadera pena y, por lo mismo, deseos de leerlo nuevamente, para. . . . . paladearlo mejor.

Hubo época, cuando dominaba aquí el furor *sucrístico*, ó pasión al

general Sucre, que ningún periódico ó revista trataba de la infeliz víctima de Beruecos que no insertase el artículo—retrato debido al señor doctor Carlos R. Tobar, que principia: «Erase el general. . . . » Pues bien, hoy al referirse á la madre patria, qué diario ó revistilla no reproduce el artículo *España* de don Angel Polibio Chávez? Y el resultado? Que va convirtiéndose en vomitivo el tal *España*, no menos que el *Erase el general*. . . . del señor don Carlos; y por cierto con más facilidad, pues don Polibio tiene cosas que uno no logra entenderlas, aun cuando le ofrezcan el premio gordo de la lotería de beneficencia.

«Allá, dando tumbos, se ha dejado de secar con polvo de estrellas las líneas de su historia.»

Se descifra el geroglífico?

Luego un gran descubrimiento científico, geográfico:

«Hay una tierra calentada por el sol, acariciada por los mares.»

Nadie antes de que el señor Chávez lo dijera, supo que el sol calentaba tierras, que los mares acariciaban á las mismas; y menos, mucho menos, se le ocurrió á ningún prójimo eso de que España era calentada por el sol, acariciada por los mares. Y Francia y Portugal, Inglaterra é Italia no están en el mismo caso de recibir calor del sol, caricias de los mares? O después de lo de Cuba y Filipinas, esperó

el señor Chávez que sol y mares retirasen sus favores á la nación ibérica?

«Tierra donde un día hizo nido toda gloria». He ahí la gloria convertida en golondrina, por obra y gracia del señor Angel Polibio.

«Allá el Rey, acá la República.» Admiren ustedes la manera tan nueva de dar una nueva tan . . . . . *novísima*; esto es, de que aquí impera la república y allá la monarquía.

Oh! es admirable.

«Aguas del Guadalquivir y del Amazonas, sois las mismas aguas.»

Es necesario conocer las calidades de las aguas, dice Hipócrates. Pues bien, convencido el señor Chávez de esa necesidad, se ha dado á clasificar, calificar y analizar las aguas.

El resultado de tal labor? Haber descubierto que las aguas del Guadalquivir y las del Amazonas, son las mismas; que tienen las mismas sustancias, los mismos minerales, en iguales proporciones y en igual cantidad absoluta; á pesar de que, según el susodicho Padre Hipócrates, así como difieren en el sabor y en el peso, así difiere cada una en su acción. Vaya con el nuevo Padre Dressel!

«Rey Alfonso, mide con la justicia, y completa estas regiones de donde no se mueve el sol.»

Eso de que no se mueve el sol, quede para que lo contradigan los manes de Galileo; lo de *mide con la justicia*, corre parejas con la *gloria—golondrina*: la justicia convertida en

vara de mercader! Hum, hum . . . ecuatorianos y peruanos.

Y basta con el vomitivo *España* del señor Chávez.

Sotilezas y Peñas arriba, estudio ó cosa semejante del señor doctor Alfredo Baquerizo acerca de las novelas de esos títulos de Pereda, es, después de la poesía de don Remigio Crespo Toral, lo mejorcito, lo único bueno que tiene el número de *gala* de «La Linterna». Hasta el acierto en darle corta extensión, contribuye á que se lo lea con agrado. Hizo bien su autor en darlo á conocer en la sesión solemne que tuvieron nuestros inmortales ó académicos, en honor del señor Menéndez Pidal; en remitirlo luego á un diario guayaquileño, para que lo publicase; y, por último, con buen tacto diplomático, en ofrecérselo especialmente á «La Linterna».

España, Perú y Ecuador del reverendo Padre Proaño, tiene de común con el artículo ó trabajo del doctor Baquerizo el mérito de ser corto. Por lo demás . . . . verdades de Pero Grullo: *odio y discordia matan á las naciones*; noticias viejísimas, como las de que el Ecuador y Perú son hijas ambas de España; don Alfonso décimo tercero jovencito; y luego . . . . . declaratoria de que merece gratitud España, el mismo don Alfonso, el señor don Ramón Menéndez Pidal y . . . . . toda la *juamilia*, como sostiene el otro.

Pero esto de la gratitud ha de en-

tenderse aún en el caso de que el fallo arbitral acerca del litigio de límites sea adverso á los ecuatorianos? Claro! Hasta en ese caso hemos de manifestar gratitud, por

habernos dado de palos
por nuestros grandes pecados.

Y con esto, y en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, terminada la revistilla de los artículos de «La Linterna» de anoche.

Hay allí varios otros; pero esos no presentan sujeto para examen. Cuanto al terceto de poesías de la cuarta plana, donde están los anuncios de herraduras y ventas de casas, no hay para qué meneallo, como quiera que las dos tienen que ser buenas, ya que pertenecen á Peza y Gutiérrez González, y no son por lo mismo de fábrica nacional.

PARRAFADAS

Quién es el público, dónde está el público? Preguntaba un escritor español. Hoy débese decir: qué es dignidad, qué es delicadeza, dónde están? Son tantos y tan diarios los actos ruínes y bajos que se cometen, que dar ahora con quienes sean dignos, altivos, celosos de su buen nombre es tan difícil como descubrir la piedra filosofal.

Los empleos se mendigan descaradamente; los que á fuerza de ruegos han logrado obtenerlos, llegan á considerarlos como propiedad que debe conservarse como si fuera vinculación de familia. Aún más: se tiende al monopolio de los cargos públicos. Dos, tres ó cuatro, por qué no han de pertenecer á un mismo individuo?

Antes un único cargo para un hombre; y elegido entre los más dignos,

los más aptos; hoy . . . . á medida de la poca *intensidad* de nuestras dotes y conocimientos, aumenta la *extensión* de nuestras aspiraciones.

***

La posesión de un bien hace con frecuencia olvidar los esfuerzos á cuya costa se lo ha conquistado. Tal parece pasa hoy con nosotros. En pleno goce de *patria libre é independiente*, hemos olvidado los sacrificios que para dárnosla consumaron nuestros héroes, los patriotas del diez de Agosto y del veinticuatro de Mayo.

En confirmación de esta verdad, véase cuán indiferentes se manifiestan gobierno y municipalidades en conmemorar tan gloriosas fechas. Mas, de juzgárselos imparcialmente, tienen razón para ello. Hoy, época de *positivismo*, del tanto por ciento, de las combinaciones *financistas*, para qué celebrar el aniversario de los magnos días de la patria? Con qué objeto avivar el patriotismo, fuego vivificador y sagrado, tan necesario para la vida de los pueblos, como los rayos del sol para la conservación de la naturaleza?

Pobre pueblo! no siquiera se trata de que vigorice los sentimientos de amor y gratitud para con los héroes de la emancipación ecuatoriana; pero se lo convierte en mina de la que se saca provecho á maravilla.

***

Se adultera, se falsifica todo y .... se nos engaña asimismo en todo. Se nos da cerveza con achicoria en vez de lúpulo; se nos brindan cigarros de col en lugar de tabaco; nos venden calzado de cartón por cuero; y leemos informes, memorias ..... firmados por A ó B, pero escritos, á tanto la línea, por el abogado O, por el periodista C.

A dónde vamos con semejantes engañifas? Y luego tan convencidos que estábamos de que un documento de la naturaleza de los citados tenía que ser, valga la frase, muy propio, muy personal de quien lo presentaba, como quiera que debería de contener exposición de hechos, insinuaciones de reformas, conjunto armónico de observaciones y doctrina, que no pueden formar un todo en el que resplandezcan verdad, acierto y previsión, si no es obra de aquellos que, por la esfera en que se ha ejercitado ó ejercita su actividad, son conocedores de esos hechos y los que legítimamente pueden proponer tales reformas y hacer determinadas observaciones. A dónde, pues, con semejantes engañifas?

***

En un pueblo llevaba cierto labrador una imágen, en la procesión organizada para conseguir que no se helasen los sembríos.

Al pasar por su casucha, notó que los suyos estaban ya perdidos. Dejó entonces caer la imágen, y exclamó: —Que la lleve quien quiera; que lo que es á mí, ya no hay procesión que lo valga.

Esto mismo parece que dice el pueblo en cada una de las épocas electorales en el Ecuador: «Que se lleve la presidencia, la vicepresidencia, ó la silla municipal quien quiera, que lo que es para mí no hay libertad electoral que lo valga».

***

Qué fortuna! Los genios que tan raros han sido y son en todas partes, principian á producirse por estos trigos con tanta abundancia, que después de breve plazo han de darse de adehala de las patatas en la plaza de mercado. Muere un buen caballero? El artículo necrológico que se le dedique, ha de romper con esta frase: «Ha desaparecido un genio, un verdadero genio». Se escribe por amor á la . . . . . *estética* la biografía de un caballero bueno, por los buenos frutos de bendición que ha recibido, digo por las hermosas hijas que tiene? Pues se le ha de presentar superior á los filósofos antiguos y presentes, sin rival entre los oradores, guerreros y sabios pasados y venideros; es decir, como todo un genio. Lo dicho: los genios principian á brotar por generación expontánea, como los hongos. Mas el exceso en

la oferta de tal producto, hace sospechar que se lo falsifica. Para que no haya engañifas, ó lo que da lo mismo se trate de meter gato por liebre, conviene que se lean, previa licencia de la autoridad eclesiástica, se entiende, los *Siete Tratados* del insigne don Juan Montalvo.

Genio, ingenio; mal carácter, buen genio, son por ventura sinónimos? Aclare tal punto nuestra media docena de académicos de la lengua.

*
* *

Otro asunto para estudio de filólogos y publicistas. «El *soberano* congreso . . . . . » Hay propiedad al llamarlo de esa manera? Según la constitución, *la soberanía reside esencialmente en la nación, la que la delega á las autoridades que la misma establece.* Por tanto, es la nación, mejor dicho, el pueblo quien delega una parte de la soberanía á los poderes constituídos. Ahora bien, como éstos—conforme á la carta fundamental, como algunos la llaman—son tres: legislativo, ejecutivo y judicial, cada uno de los cuales tiene esfera de acción que no puede traspasar, síguese que si al primero de aquellos poderes se lo considera como *soberano*, también á los otros dos, y por igual motivo, se los podría considerar como *soberanos* asimismo. No habría absurdo en esto? No se tendría entonces el absolutismo ejercido por tres entidades diversas? No

se vería interrumpido el movimiento ordenado del mecanismo administrativo; y, por fin de fines, no podrían surgir el desorden y la anarquía? Resuelvan, pues, nuestros publicistas si hay ó no propiedad en la palabra *soberano* aplicada á los congresos, á esas respetabilísimas reuniones anuales de patriotas, representantes legítimos del pueblo y amigos muy sinceros del gobierno, que tan rara vez logran acertar.

Y he aquí otro fenómeno digno de estudiarse: personas de excelentes prendas y que, por lo mismo en lo individual, en actos aislados, se gobiernan cuerdamente, cuando forman parte de alguna junta ó corporación desbarran de manera lastimosa, á punto de que parece que se dejaran olvidados, archivados por ahí, juicio, cordura y sindéresis. Cómo explicarlo?

Dícese en cierto lugar que cuando dos ó más se reunan en nombre de Dios, ha de conseguirse acierto; mas, entre nosotros, poquísimas veces se logra acertar, reunanse en nombre de Dios ó del Diablo.

Congreso, municipios, juntas directivas ó destructivas de caminos . . . como que prueban la anterior observación?

MARTIRIO SIN CULPA

I

PERDÓNESE al autor del presente juicio acerca del drama de la señora doña Mercedes González de Moscoso, que principie por citarse á sí propio. Decía en una introducción á un notable trabajo de otra distinguida escritora ecuatoriana: «Escasa es la producción literaria de verdadero mérito en el Ecuador. Tal circunstancia reconoce desde luego, como causa, la PEREZA que constituye el rasgo común del carácter hispanoamericano. Esa pereza criolla que, al decir de un sociólogo, presenta dos formas: una absoluta, la inacción; otra relativa, la falta de método, de disciplina en el trabajo, invade, por desgracia, todas las manifestaciones de nuestra vida nacional. Por pere-

za, en una ú otra forma, los gobiernos descuidan el estudio y resolución de asuntos trascendentales; los Congresos se trasmiten intactas de unos á otros, como herencia sagrada, cuestiones de vital importancia para la república; y «en literatura predomina el palabreo vacío de sentido, la verbosidad ampulosa y sin sustancia que ofrecen escritores estérilmente fecundos, banqueros de palabras y mendigos de ideas, que hablan y escriben porque ello no exige gran esfuerzo mecánico, pero que no piensan . . . . . »

Presupuesto tal antecedente, la aparición de un trabajo intelectual que logre cautivar la voluntad de la gente pensadora; y que esté destinado quizá á vivir en la literatura patria, es, á no dudarlo, un acontecimiento. Aquí, pues, la razón del interés que ha excitado el drama *Martirio sin culpa* de la señora doña Mercedes González de Moscoso, puesto el último domingo en escena, por la Compañía Saullo-Romero.

Otro motivo más hay todavía para explicar ese interés respecto á la nueva producción de la señora de Moscoso: el género literario á que pertenece.

Poesía dramática propiamente dicha no la hay aún en el Ecuador. Tal observación la hizo ya el distinguido literato don Juan León Mera, quien además afirmó que no se la tendría entre nosotros, mientras nuestra civilización no llegase á cierto grado

de altura y se difundiese en la mayor parte del pueblo. «La poesía lírica—agregaba para justificar sus asertos—nace con las primeras palpitaciones de la vida intelectual del hombre, el poema épico brota de la historia y del heroísmo, y el teatro se forma de las costumbres para mejorar las costumbres, y cuando el corazón de los pueblos, perdida su primitiva sencillez, desea lecciones vivas y palpables, y emociones nuevas y profundas, para lo cual sirven los afectos buenos y malos que emplea el ingenio del escritor, como otros tantos resortes de la máquina del drama.»

Cierto que hay ensayos más ó menos recomendables en este género de literatura. Montalvo, el insigne don Juan; el mismo hermano de la autora, el fecundo escritor don Nicolás Augusto, y uno que otro más no han dejado de consagrar sus facultades intelectuales al drama. Con todo triunfos verdaderos allí conquistados? Pocos, raros quizá. Ni cómo obtenerlos, ya que varios de esos trabajos ni aun se han presentado á la escena?

Si pues la poesía dramática es de suyo difícil y entre nosotros no ha merecido preferente y esmerado cultivo, cuán merecedora de atención y digna de recomendarse la escritora que, como la señora de Moscoso, trata de conquistar laureles también en el teatro.

Martirio sin culpa, logrará recomendar á la posteridad el nombre

de la autora? He ahí el problema que conviene resolver.

Para conseguir acierto en el resultado, es necesario examinar antes—aun cuando quizá no había que decirlo—las principales y diversas escenas en que los personajes ejercen su actividad y revelan su carácter, la lucha—si es que la hay—de encontradas pasiones y, por último, la moralidad misma del drama.

Entremos, pues, en materia, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

II

Con teatro lleno, curisoso y atento el espíritu de los espectadores, levantóse el telón para darnos á conocer la primera obra drámatica de la señora de Moscoso. En una sencilla decoración, sala elegante de una casa, expónese el asunto, la situación fundamental de los personajes.

Va, después de breves momentos, á celebrarse un matrimonio.

Ama Elena á Roberto con quien está ya para casarse? No. En dulce confidencia, lo confiesa ella misma á su hermana Gabriela.

> Oye bien. Era yo niña
> inquieta, viva, risueña,
> cuando supe que Roberto
> iba á partir. Inglaterra
> fue la nación elegida

para calmar sus tristezas,
pues que llevaba perdido
todo cariño en la tierra.
Cuando supe su partida
sollozaron mis ternezas,
¡como á hermano lo quería!
Sí, Gabriela.
No era amor, él sí me amaba.
A la luz de las estrellas
me confió sus dulces sueños
y me arrancó la promesa
de ser suya. ¡Cuántas veces
deseé que nunca volviera!

Va, pues, Elena al sacrificio; ó lo que da lo mismo, se casa sólo por ceder, á lo que parece, á la voluntad de su madre doña Blanca; pero sin ilusión, sin amor, porque no puede olvidar el primero, puro é intenso, que allá, en la aldea, en donde pasó su niñez cuidando á su abuela ciega, despertó en su alma un modesto pero arrogante mozo.

Verosimilitud en todo esto? La hay indudablemente. Cierto que la realidad prosaica enseña que al verdadero amor se sacrifican la madre, el padre, el honor si es preciso y la vida misma. Con todo, seres hay todavía que, á pesar de pertenecer al sexo débil, tienen la fuerza suficiente para ofrecerse en holocausto, por acatar la voluntad de sus padres.

Elena es uno de ellos. Obedece á doña Blanca, se casa, pero no sin mandar antes una carta á quien

fué su primer amor, Alberto. Qué le dice?

Un peligro
inminente me amenaza,
si me quieres, ven al punto,
ven á salvar á tu amada.

Por desgracia, llega Alberto tarde á la casa de Elena; cuando está todo terminado, cuando ella ya no es libre.

Véase cómo cuenta el motivo de su retardo y recuerda de su pasión á Elena:

Tomo el vapor, de mi afán
quiero prestarle las alas,
pero el práctico se enferma,
se descompone la máquina
y paso diez largas horas
sintiendo estallar en mi alma,
las terribles tempestades
de mi impotente desgracia.

Sin un nombre, sin fortuna,
sin una sola esperanza,
el desierto de mi vida
sin una estrella cruzaba.

Ví á Elena y brotó la luz,
de mis horas de nostalgia
huyó la bruma, al influjo
de su púdica mirada.

Y soñé con ser tan grande,
que ante el brillo de mi fama,
nadie pensara en mi origen.

¡Ambición loca, insensata!

Qué valen hoy en el mundo
los grandes sueños del alma?
Lo que sutiles arenas
que impetuoso viento arrastra.
Y bullen bajo mi frente
pensamientos que me exaltan. . .

Sorprendido luego por doña Blanca, le declara el mutuo cariño que Elena y él se tienen. Aquella le dice:

. . . . pero esas cosas
pasaron ya, caballero,
mi hija es ya esposa de otro
y lo pasado es un sueño.

Le manda en seguida que se retire, que se vaya; le suplica que lo haga; y como alguien se aproxima, apenas puede la madre de Elena encerrar á Alberto en un aposento.

Mientras tanto, continúa el baile con motivo del matrimonio de Roberto y Elena; y como Gabriela es bella y joven, tiene—como cualquiera otra hija de Adán en iguales condiciones—su novio. Aprovechan, pues, del primer momento oportuno para renovar una vez más, allí mismo, sus juramentos de eterno amor.

«Pide mi mano», le dice á la postre Gabriela, con todo desenfado.

Mi padre
hablará mañana mismo
con doña Blanca; y ahora

á bailar: sólo conmigo
has de hacerlo en esta noche;
ahora sí quiero testigos
de la dicha inmaculada
que me ofrece tu cariño;

le contesta Arturo. Parece empero que el muy pillastre no puede ofrecer á su prometida un corazón vírgen de todo otro afecto; pues que en la misma casa—curiosa coincidencia— y á servicio de doña Blanca y de sus hijas, está Rosmunda con quien ha tenido aquel historias. . . . . platónicamente, desde luego.

Con la astucia de mujer celosa, espía á los dos, á Gabriela y á su novio. Oculta, logra la criada oír el anterior diálogo; y exclama:

No se casarán ¡lo juro!
Talvez muera en la demanda,
pero hasta mi último aliento
emplearé en la venganza.

La odio! ¡Si ella supiera
qué abismos encierra mi alma!
¿Por qué me roba el afecto
que era la sola esperanza
de la vida miserable
á que he sido condenada?

La caridad de la madre,
me dió asilo en esta casa,
y desde esa hora maldita,
de todos abandonada,
he sido el perro al que arrojan
las sobras de sus migajas!

Arturo no será de ella;
he crecido en las montañas
y el instinto de las fieras
todo sentimiento acalla
en el corazón que nunca
tuvo en sus rudas batallas
quien recogiera sus risas,
ni quien secara sus lágrimas.

Con recomendable respeto á la realidad posible, va, como se ve, complicándose la acción dramática.

Ese matrimonio por obediencia sólo y contra la voluntad de uno de los contrayentes, será feliz? A pesar de la oposición de Rosmunda, se efectuará el de Gabriela y Arturo? Cómo estallarán los celos de la criada contra su señorita que cree le birla al amante? De qué manera terminará, y á qué lances dará pié, la difícil situación de Alberto, encerrado, oculto aún?

Roberto cree que será dichoso. Contar con un porvenir feliz, es el eterno engañador optimismo de la humanidad. Ignora, por otra parte, el secreto que oculta el corazón de Elena. Natural pues que, al forjarse la ilusión de venturosos días, le diga:

Desde esta hora mi vida
consagrada á tu ventura
va á deslizarse tranquila,
como arroyo transparente
en cuya linfa dormida,
se retrata de los astros
la luz silenciosa y tímida.

. . . . . .
. . . . . .
Desde que perdí á mi madre
volaron todas mis dichas,
hoy vuelven á acariciarme
porque te amo y eres mía.

Elena, en cambio, le pide que se vaya al salón, que la deje sola; porque está *nerviosa, mejor dicho conmovida.*

Sale Roberto; se presenta doña Blanca; Elena le pide, de rodillas, que la bendiga; lo hace aquélla y luego le dice:

Cuanto el corazón anhela
realizas hoy, ¿no es verdad
que serás honrada y buena?

Le da varios consejos; y á la pregunta, refiriéndose á Roberto:

¿Verdad que lo querrás mucho
y siempre amorosa y tierna
le ofrecerás la ventura
con que él hace tiempo sueña?

contesta Elena:

no puedo dársela madre.
. . . . . .
Cuando me habla de su amor,
mi alma, madre, no despierta.
Es como un templo vacío
donde el órgano resuena
y al extinguirse el sonido
no queda ninguna huella.

Esta escena es interrumpida por la salida de Alberto, de su escondrijo, para dar ocasión á otra más vehemente. Alberto, en su desesperación, le arranca los azahares que lleva en el pecho Elena; se desmaya ésta; aquél trata de llevársela, y entonces doña Blanca salta airada y con altivez y energía, le dice.

Atrás! Aún vivo,
para luchar tengo fuerza
y para guardar mi honra
mis garras son de pantera.
Esa mujer, ya no es libre,
no nació para manceba
ni de reyes ni vasallos;
hogar honrado la espera.
. . . . . .
Mi amor de madre me grita
¡antes que culpable, muerta!

Con ademán de reina, manda que sin dilación salga Alberto, á un tiempo que se presenta Roberto sin darse cuenta de lo que pasa. De esta manera termina el primer acto del drama

III

Estamos en el acto segundo. Fuertes emociones, como se ve, han conmovido á Elena. Débil de carácter, no ha podido resistirlas con intrépido pecho. Ha caído pues enferma, pero está ya salvada.

Doña Blanca, conocedora del se-

creto que ha guardado el corazón de su hija, y de las horas crueles que pasa por no haberlo declarado oportunamente, laméntase de que no haya podido inspirarla confianza.

> Yo siento remordimiento
> cuando á mis solas medito:
> el deber de toda madre,
> es inspirar á sus hijos
> ilimitada confianza;
> yo sólo les dí cariño
> pensando que ese tesoro
> alumbraría sus destinos.
>
> Como si la luz bastara
> á apartarnos del abismo.

Mientras tanto, presiéntense las funestas consecuencias de un matrimonio sin mutuo amor. Elena confía á Gabriela una segunda confidencia más grave aún que la primera: le revela que tiene, por la noche, una cita:

> A las doce
> vendrá Alberto: la ventana
> hallará abierta, y por ella
> podrá llegar á esta sala.

De su esposo nada teme, ya que ha ido de caza con Arturo y regresará muy tarde. Para asegurar el buen éxito de la empresa criminal, ruega á Gabriela que vigile y calle. Esta, aun cuando comprende que es una infamia, en todo consiente, por cariño á su hermana.

Rosmunda, por su parte, cruelmente desengañada por el mismo Arturo que nada puede esperar de él, pues que,

> Amores de adolescentes
> son aladas golondrinas,
> vuelan sin fin y se hunden
> en rosadas lejanías;

jura una vez más que

> sabrá vengar la mujer
> el cruel engaño á la niña.

Para conseguir su innoble propósito, varias circunstancias le favorecen: sabe que Elena tiene un amante; está instruída de la cita que se verificará con él; cuenta con el auxilio de Rodolfo, amigo de la casa é interesado en que Gabriela pierda honor y esperanza para, despreciada por Arturo, cuyo padre le ha pedido ya á doña Blanca, ofrecerla él su nombre; y aún logra que el sirviente Pedro le proporcione la llave del cuarto de Gabriela, para desde allí *escuchar solo lo que en la sala se hable.*

Preparado todo, falta únicamente que la catástrofe se consume.

Qué sentimientos agitan á Elena momentos antes de enlodar su honra, de mancillar su nombre? Oígasela:

> Faltan ya pocos minutos
> para que llegue á mis brazos.
> Oh! qué oscura está la noche,

no hay en el cielo ni un astro.
Qué será lo que yo siento?
¿Pena de romper los lazos
que me ligan á mi esposo?
No puede ser, no le amo:
no es tampoco la alegría
de esperar al ser amado,
¿acaso es remordimiento
al mirar que débil mancho
tus canas inmaculadas
y las rosas de mi tálamo?
¡Perdón, madre, no me culpes,
no sabes cuánto he llorado!
Las doce! El valor me falta!
Ya está aquí, siento sus pasos.
Si cerrara la ventana . . . . . .
Húmedas están mis manos
Y se oscurecen mis ojos;
no vienes, madre! y te llamo

A la hora convenida, con una exactitud digna de alguna noble y alta empresa, preséntase Alberto. Qué hace? qué pide, qué ofrece á Elena?

. . . . . mi amor te ruega
que abandones esta casa,
dicha infinita te espera.

No te ofrezco ricas joyas
carruajes, blondas ni sedas,
sinó un corazón honrado
y un océano de terneza.

¿Quieres? No tengo fortuna,
decirlo no me avergüenza,
pero hay aquí algo muy grande,
mucha luz en mi cabeza.

Tengo fe en el porvenir
talvez soy niño que sueña,
mas yo ceñiré á tu frente
la corona de una reina.

Escasa resistencia, débiles razones le opone Elena. Alberto con una frase, con una sola para él afortunada frase—*pues que reflexionas, no me amas, adiós para siempre*—logra vencer la última vacilación.

En brazos de su cómplice, decídese pues á dejar la casa; mas no sin besar antes los muros y llevar grabada en su corazón la dulce y serena imágen de su madre doña Blanca.

En el momento preciso de la fuga, del abandono criminal del hogar, aparece Gabriela con la noticia de la llegada intempestiva de Roberto y Arturo. Para salvar á los criminales, obliga á Elena que salga, y trata de que Alberto se oculte en su propio aposento. Por desgracia la cerradura está con llave, y ésta en poder de Rosmunda, cuya venganza principia á manifestarse. Gabriela y Alberto son, pues, sorprendidos por los recién llegados. Puede calcularse la terrible impresión que reciben unos y otros. Mas, quién la víctima, cuál entre ellos el sacrificado por las apariencias? Gabriela. Roberto y Arturo la juzgan culpable; y, al parecer, con cierta justicia. Pasados los primeros instantes de estupor, y cuando—como naturales armas en situación semejante — se

lanzan apóstrofes duros, terribles acusaciones, frases sangrientas, se presenta Elena, no sin que antes haya declarado Alberto—á quien le ase Roberto del cuello, y lo encierra en el mismo cuarto de Gabriela—que ella

> Es tan pura como el sueño
> del tierno infante en la cuna.

La verdadera culpable corrobora también la afirmación de su amante; pues dice á su hermana:

> Todavía
> puedo salvarte, Gabriela:
> levanta tu frente limpia
> y el crimen de que te acusan
> arroja sobre la mía.
>
> Sobre la tuya? Jamás!—

replica Roberto, que nada sospecha de Elena,

> No te mancha su perfidia;
> tú eres santa y ella infame,
> de rodillas, de rodillas!

Y luego—unida la acción al mandato—obliga á que Gabriela, es decir la virgen inocente, se arrodille ante Elena, la mujer criminal, que también cae á la postre de rodillas, con expresión de angustia suprema.

Tal, á vuela pluma, el segundo acto del drama *Martirio sin culpa*.

IV

Aproxímase el desenlace. Es el amanecer. A las últimas escenas violentas, ha sucedido la calma. Sola Gabriela, víctima del amor fraterno, mártir sin ser culpable, laméntase del destino que tan despiadadamente la hiere; y trata de que Alberto fuge de la casa.

Todos duermen. Es preciso
que antes que nazca la aurora,
se halle lejos del hogar
do tres corazones lloran;
pero el mío, cual ninguno!
Nada me queda, ni honra!
de mis ensueños hermosos
ya las alas están rotas
. . . . . .
. . . . . .
Que se vaya, que no vuelva
á entenebrecer las horas
de la vida de mi hermana;
mi felicidad qué importa?
Yo soy uno de esos séres:
en vez de luz hallan sombra;
y la dicha para mí
es voluble mariposa:
pasa muy cerca, la veo,
sus alas mi frente tocan,
quiero alcanzarla y se va
dejándome triste y sola.
Esta es la llave, allí está
el autor de mi deshonra;
hoy el mundo va á juzgarme
y no he muerto ni estoy loca!

Fiel al noble propósito de contribuír á que escape Alberto, lo saca de su propio cuarto en el que lo encerró el esposo de Elena; y le suplica que parta y que olvide á su hermana.

Olvidar? ¡Si no es posible!
es ella la pura estrella
que me alumbra, que me guía
y disipa las tormentas
que rujen dentro de mi pecho,
como león en las selvas.
No tuve madre que al niño
infundiera sus creencias;
y hay un vacío en mi alma
que sólo su amor lo llena,
porque es mi primer cariño
y mi esperanza postrera.

Insiste en la súplica Gabriela:

. . . . . para su amor,
esa mujer está muerta.
De la vida la ventura
y cuanto la mente sueña,
he perdido por salvarla;
y miro que usted no aprecia
ni mi enorme sacrificio,
ni mi desventura inmensa.
Parta usted, adiós Alberto;
cuanto el destino me niega
deseo á usted en la vida.

A la postre, conviene en irse Alberto, pero no sin pedirle que le permita besarla en la frente; y que cuando ruegue por los tristes, lo haga por él también.

Doña Blanca, que no ignora por quién ha ido Alberto á la casa; que sabe, por lo mismo, cuán pura es Gabriela, á quien condenan únicamente las apariencias, juzga que puede aún verificarse el matrimonio de su hija con Arturo, caso de que su prometida le perdone las ofensas que aquél le irrogara, al creerla culpable. Difícil parece, con todo, las olvide Gabriela; ya que dice, y con razón, por cierto:

Sangra la herida profunda
que labró en mi corazón
el sarcasmo de su injuria.
. . . . . .
¿Perdonar las frases rudas
con que arrancó de mis ojos
muchas lágrimas ocultas?
Por qué no me abrió sus brazos?
me rechazó en su locura;
Dios perdonó á Magdalena
siendo Dios: él no, me acusa!

Arturo, por su parte, firme en dar por terminado su compromiso con Gabriela, envía á su padre, á don Luis, para doña Blanca, á que devuelva su palabra en el proyecto de enlace.

Mi hijo ambicionó, le dice,

hallar una esposa honrada
y en la frente de Gabriela
hay mancha que no se lava.
. . . . . .
. . . . . es pública la falta
que ha cometido esa niña;
ninguna persona honrada

pudiera hacerla su esposa,
porque el mundo siempre tacha
al hombre débil que acepta
una mujer ya manchada.

Pobre madre! Cuán merecedora de lástima. Se considera como culpable á una de sus hijas, á la inocente; mas la vindicación de Gabriela, lleva el peligro de condenar á Elena.

Con serena altivez contradice las acusaciones del padre de Arturo; y luego, herida en su orgullo de madre, le manda que salga y nunca más vuelva á pisar la casa.

Mientras tanto, sabedor Rodolfo—por medio de Rosmunda—de que ha salido todo á maravilla; y de que está roto el compromiso de matrimonio entre Arturo y Gabriela, consigue tener una entrevista con ella para ofrecerla sin reserva, con su cariño, su mano; pues le ama.

desde el instante
que su mirada serena
con luz de diáfana aurora,
iluminó su existencia.

Vacila Gabriela en aceptar la propuesta de matrimonio hecha en horas de verdadera amargura para ella. Mas, para poner término á la insistencia de Rodolfo, concluye por ofrecerle que será de él, si en lo porvenir no queda huella del amor primero, es decir del que le inspiró Arturo.

Por confesión de la misma Rosmunda, llega á la vez á saber Gabriela el afecto que cuando niña le inspiró Arturo; y la venganza que, al verse engañada, juró cobrar, y cuyas consecuencias principian á sentirse.

Cuál en tanto la situación de Elena?

Con el propósito de conquistar de nuevo para su hermana la antigua estimación de Arturo, le dirige cartas en las que le pide vuelva á la casa. Avisa lo que ha hecho á Gabriela; y, al anunciarle que debe aquél presentarse muy pronto, le dice:

Necesito
para calmar mi conciencia,
probarle que se hallan limpios
tu honor, tu nombre, tu vida;
que bien puede á su destino
unir el destino tuyo,
y llevarte al blando nido
donde la mujer honrada
haya respeto y cariño
. . . . . .
. . . . . .
Es indigno
callar cuando tú padeces.
Pudo el loco torbellino
de la pasión, ofuscarme
con sus halagos mentidos;
pero es tan grande tu acción,
mi proceder tan mezquino,
que ya no puedo acallar
del remordimiento el grito.
En la noche, al contemplar

el sueño dulce y tranquilo
de Roberto, cómo estallan
sin quererlo mis gemidos!

Preséntase en efecto Arturo. Elena le refiere la época y condiciones en las que conoció á Alberto, el amor que llegó á tenerle, la fuerza con que esa pasión absorvió todas sus facultades; y, por último, le confiesa solemnemente que fue por ella—no por Gabriela, que es pura é inocente—por quien Alberto acudió á la cita.

Si ella heroica no me salva,
hoy llevara en la frente
del adulterio la marca,

le declara en conclusión.

Roberto que hasta aquí nada había sospechado de su esposa, alcanza á oír esta declaratoria de Elena. Con la indignación y estupor propios de caso semejante, llama para ajustar cuentas á la culpable, no sin hacer antes que se retire Arturo.

Niños los dos nos juramos
amor eterno te acuerdas?
y la santa de tu madre
recibió nuestra promesa.
Yo partí, por largo tiempo
tus dulces pupilas negras,
fueron el sol de mis días,
de mis noches las estrellas.
Cuando volví, ya el capullo
era una rosa, más bella
que las que esmaltan los campos

al nacer la primavera.
Te dí mi nombre, creí
como en Dios, en tu pureza
y á tu frente tersa y blanca
ceñí corona de reina.
¿Qué hiciste tú de la niña
que fué mi ilusión primera?
Hoy miro manchado en fango
el oriente de esa perla!
¿Quién te dió derecho, dí,
para manchar mi existencia,
y siendo mujer honrada
convertirte en vil ramera?
Quieres hablar? Cómo tiemblas!
Hay en tu frente el rubor
de la culpa y la vergüenza!
No quiero vanas disculpas,
eres la mujer abyecta
que mi dignidad rechaza
y mi alma altiva, desprecia.

Iba á caer lo confieso,

exclama Elena,

pero me alcé de la tierra,
sin una mancha en las alas;
sin empañar mi pureza.

—Puede faltar la mujer
sin corazón ni conciencia,
pero la esposa, la madre!
no tiene perdón, Elena.
Hoy la dulce confidencia
que me hiciste con rubor
desata ruda tormenta.
Ese niño, es hijo mío?
la duda el alma me quema!

¡Has destrozado mi vida!
maldita, maldita seas!

Maldecida por el esposo, Elena se retira, á un tiempo que se presentan Arturo y Gabriela. Pide el primero á Roberto que le obtenga de su prometida perdón por las ofensas que la causó al creerla culpable. Gabriela rehusa otorgárselo; mas al fin conviene en ello, pero á su vez solicita de Roberto que perdone á Elena. Roberto se manifiesta inflexible y sombrío. Qué proyecta? Suicidarse sin ruído, es decir tomar veneno. Al efecto, aprovecha de que está solo, abre el cajón de una mesa, saca un papel, echa su contenido en un vaso y lo mezcla con agua.

Preparémonos al viaje,
pero que nadie sospeche
que he cavado yo mi tumba.
Cuando todo se nos muere,
es preciso descansar
de una vez y para siempre,
de modo que los pesares
aunque quieran no despierten.

Luego, al contemplar el vaso con el veneno, agrega:

La superficie, qué pura!
el fondo, bruñida nieve,
todo blanco, de manera
que tiene color de muerte.
Sí, no hay duda, lo estoy viendo:
me parece que se mueve

un espíritu invisible
que me llama y me retiene.

Antes empero de envenenarse, quiere ver á Elena;

ver en su frente
las sombras de su conciencia,
y del dolor que la muerde,
en sus mejillas de rosa
las siniestras palideces.

Sale Roberto, y se presenta Gabriela alegre y feliz, como quiera que se ha reconciliado con Arturo y dentro de breve plazo será su esposa. Mientras, olvidada de lo pasado, se forja ilusiones de venturoso porvenir, aparece Rosmunda, se dirige directamente á la mesa en donde está el vaso con el veneno y se lo toma, sin que Gabriela ni siquiera advierta la presencia de la desdichada. Una y otra se reconocen, cuando Rosmunda empieza á sentir los estragos del tósigo.

Quién eres tú, qué me quieres.
por qué estas aquí?
—Deliras?

soy Gabriela
—Y aquí vienes
á gozarte en mi agonía?
Amo al hombre que tú amas,
me robastes sus caricias
sus ternuras, sus miradas,
y al verme casi sin vida,
no te cabe dentro el pecho

el corazón de alegría,
porque puedes esperar
en el amor y en la dicha.
¡Oh! qué dolor tan intenso!
ya no hay luz en mis pupilas.

Y al morir, presentes ya doña Blanca, Elena, Roberto y Arturo, jura que Elena y Gabriela son inocentes. Delante del cadáver de Rosmunda, perdona Roberto á su esposa, á quien le dice:

Ven á mis brazos, Elena!
y desde hoy jamás olvides
que la mujer en la tierra,
debe brillar como un astro,
pura siempre la conciencia,
siendo el angel del hogar
y consuelo de tristezas
entre risas ó miserias.

Y luego cae el telón sobre el drama que acaba en muerte.

V

Conocida la obra, la escuela literaria que sostiene que el arte, en todas sus manifestaciones, debe ser esencialmente *docente*, se pregunta: expone alguna tésis; resuelve ó plantea, al menos, algún problema de interés social? La crítica, por su parte, examina: tiene defectos, encierra bellezas?

El teatro es ante todo y sobre todo acción. Conviene por regla general—sin que no puedan admi-

tirse y se den excepciones, desde luego—presentar en las obras dramáticas el fenómeno fugitivo de la vida, de sus viscicitudes y pasiones; hombres y mujeres puestos, en virtud de problemas sociales, en tal situación, que sus ideas se manifiesten, se resuelvan en hechos. El público, observa un escritor, no tiene, por las condiciones materiales de la representación, ni tiempo ni oportunidad para reflexionar con acierto, hondamente acerca de lo que ve. Comprende y comparte las palpitaciones del dolor y del placer, por insignificantes que sean; se identifica con el que sufre ó goza; mas, en cambio, en los antecedentes de una situación, en el proceso ideológico que se ha seguido para llegar al término dado; en las causas que impulsan á los personajes, en los apetitos que los mueven y en las modificaciones que cada uno de ellos recibe, por la influencia de lo que les rodea, poco, muy poco se fija. Asuntos trascendentales, arduos problemas aventúrense, explíquense y resuélvanse, en buena hora, como en sitio adecuado y propio, en tesis para optar á grados académicos y en libros científicos, en los que se puede meditar acerca de las ideas ó sistemas que el autor expone, ó á los que se inclina. En el teatro déjese que la imaginación de los espectadores, merced á la fantasía del poeta, abandone el

prosaico mundo real, para que se remonte á los hermosos espacios de lo ideal. *El arte por el arte*, parece que debe ser la bandera que con más fuerza y bríos allí ondee.

Pertenece la señora de Moscoso á la escuela literaria que aquel principio proclama y sostiene, convencida de que el teatro no es sino la vida humana en acción y espectáculo? Hay que creerlo. Acertadamente, por tanto, no demuestra tesis alguna, ni presenta ni resuelve ningún problema social en *Martirio sin culpa*.

Defectos en la flamante obra dramática? Los hay indudablemente. El buen juicio de algunos de los espectadores los apuntó mientras se la representaba; y la crítica se ha encargado de corroborarlos luego, con fallo severo quizá, pero merecedor en todo caso de estima.

Hay escasez de vigor en el desenvolvimiento de la acción; entorpécenla incidentes innecesarios para el resultado definitivo; sucédense las escenas sin naturalidad, de manera poco expontánea; y, por último, ninguno de los personajes descuella por sus dotes, por su carácter enérgico, inquebrantable.

Graves, imperdonables pecados, de aquellos que no merecen indulgencia ni aún en artículo de muerte? No lo son los anteriores, ni los hay tampoco. La trabazón de la obra, si no es de factura

perfecta, satisface en lo general. Los caracteres no son indestructibles ó de hierro; en cambio, tampoco son de cera contrahecha. En el mismo argumento hay realidad viviente, *idealizada*—perdónese la palabra—por la fantasía creadora de la poetisa; es decir, verosimilitud tal cual la exigen los preceptistas.

La muerte de Rosmunda, necesaria quizá para el fin moral del drama causa, por el modo y condiciones en que se verifica, pésima impresión; es eminentemente antiartística. Puede ese incidente conservárselo en la obra; pero hay que darle un giro más artístico, más aproximado á la verdad; presentarlo de manera que por su verosimilitud, satisfaga plenamente.

Censuras á la autora de *Martirio sin culpa* por haber acudido, en el desenvolvimiento del argumento, á unos recursos dramáticos más bien que á otros? Excusado consignarlas. La razón? Fácil expresarla. Cada poeta, cada autor dramático, tienen medios propios, arbitrios peculiares para, en cada una de sus obras, conseguir sus propósitos ó llegar al fin deseado. Pretender que todos sigan el mismo camino, que se sujeten al capricho del vecino ó le adivinen, es un absurdo. Que por qué el autor dramático A no se sirvió precisamente de los expedientes ó recursos B y C para el desenvolvimiento de su tema?

Pues sencillamente porque no se le ocurrieron esos si no otros; ó porque, según sus fuerzas y criterio, los juzgó á éstos más propios que aquéllos para su propósito. Sean naturales, sean verosímiles, puedan ocurrir en la vida, y basta y sobra; no cabe pedir, no hay derecho á exigir más.

Hermosos, fáciles y sueltos son los versos de *Martirio sin culpa*. Acertadamente ha escogido además la señora de Moscoso el octosílabo. Es el adoptado generalmente para la poesía dramática. Desde Fray Gabriel Téllez hasta don Adelardo López de Ayala, desde don Ramón de la Cruz hasta Bretón de los Herreros, el verso de ocho sílabas domina en el drama, exceptuadas ciertas y limitadas situaciones. Varios motivos justifican la preferencia por ese metro. Préstase con mejores ventajas que cualquier otro quizá, para la viveza y rapidez del diálogo; facilita la pronta y natural sucesión de las escenas; y aún da mayor facilidad para la recitación y aprendizaje por parte de los actores. En pasajes ú obras que exijan verdadero lirismo, bien está el endecasílabo de corte á lo Espronceda, por ejemplo; en los demás casos, el octosílabo será el preferido siempre.

Observaciones, reparos acerca del título mismo de la obra? Hacerlos, sería rigor de inflexible crítica. Conviene en ciertos casos no

olvidar, con galicismo y todo, el principio de los franceses—*el nombre no hace la cosa.* Además, en el caso presente, en *Martirio sin culpa*, hay un personaje al que desgraciadas apariencias convierten en mártir, sin delito, sin culpa de su parte. No es el protagonista, verdad, pero tampoco es personaje de última fila; lo contrario, después de Elena, Gabriela es, á no dudarlo, la más interesante figura; que en cuanto á simpatía, ella, y sólo ella, la que la conquista viva y profunda.

Fin moral en el drama? Distingamos. Si de la moralidad de una obra ha de juzgarse por los sentimientos que avive, por las pasiones nobles que vigorice; por la duradera y final impresión que deje en el ánimo, *Martirio sin culpa* no la tiene ó la tiene escasa. Mas si esa moralidad ha de apreciarse, como de ordinario se hace, por la acertada distribución de premios y castigos, la hay en el drama. La esposa que, no por grosera liviandad, sino por influencias del amor primero hondamente sentido, trata de faltar á la fé conyugal, expía con horas de cruel amargura el propósito, la tentativa del delito. Rosmunda la criada desleal y vengativa, recibe como sanción la muerte por propia mano; y Rodolfo queda merecidamente burlado, en las infames intrigas por conquistar el amor de Gabriela.

Terminado el examen de *Martirio sin culpa?* Lo está; y, por cierto, con serena imparcialidad, sin afecto ni odio; con esa imparcialidad con que procura el suscrito juzgar de vez en cuando de ciertos trabajos; y que, si mortificaciones le ha proporcionado, en cambio, y por compensación, le ha hecho alcanzar uno que otro triunfo también. No hace mucho á que subrayó simplemente algunas frases de discursos pronunciados en solemne y *bullada* ocasión, como alguien diría. Pues bien, cuál el resultado? Que se le atacara por la prensa; pero que uno de los *oradores* acogiese todas y cada una de las observaciones hechas. El autor de ellas miró con desdén el ataque; mas se satisfizo al ver que una al menos de las composiciones oratorias salía de los lindes patrios con menos errores de los que primitivamente la afeaban.

Qué falta después de este rasgo personal ó *egotista*, si se quiere? Poca cosa: insinuar á la señora doña Mercedes González de Moscoso que continúe cultivando el drama.

El distinguido escritor don Juan Benigno Vela le aconsejó, según se refiere, que, sin perjuicio de seguir cantando en la alcoba las gracias de los nietecitos, se presentase de vez en cuando al público con algo de más aliento. *Martirio sin culpa* parece haber sido el resultado de tan oportuno consejo. Bien pues, ya que gallardamente ha penetrado en el templo de Talía, no duerma

olvidar, con galicismo y todo, el principio de los franceses—*el nombre no hace la cosa.* Además, en el caso presente, en *Martirio sin culpa*, hay un personaje al que desgraciadas apariencias convierten en mártir, sin delito, sin culpa de su parte. No es el protagonista, verdad, pero tampoco es personaje de última fila; lo contrario, después de Elena, Gabriela es, á no dudarlo, la más interesante figura; que en cuanto á simpatía, ella, y sólo ella, la que la conquista viva y profunda.

Fin moral en el drama? Distingamos. Si de la moralidad de una obra ha de juzgarse por los sentimientos que avive, por las pasiones nobles que vigorice; por la duradera y final impresión que deje en el ánimo, *Martirio sin culpa* no la tiene ó la tiene escasa. Mas si esa moralidad ha de apreciarse, como de ordinario se hace, por la acertada distribución de premios y castigos, la hay en el drama. La esposa que, no por grosera liviandad, sino por influencias del amor primero hondamente sentido, trata de faltar á la fé conyugal, expía con horas de cruel amargura el propósito, la tentativa del delito. Rosmunda la criada desleal y vengativa, recibe como sanción la muerte por propia mano; y Rodolfo queda merecidamente burlado, en las infames intrigas por conquistar el amor de Gabriela.

Terminado el examen de *Martirio sin culpa?* Lo está; y, por cierto, con serena imparcialidad, sin afecto ni odio; con esa imparcialidad con que procura el suscrito juzgar de vez en cuando de ciertos trabajos; y que, si mortificaciones le ha proporcionado, en cambio, y por compensación, le ha hecho alcanzar uno que otro triunfo también. No hace mucho á que subrayó simplemente algunas frases de discursos pronunciados en solemne y *bullada* ocasión, como alguien diría Pues bien, cuál el resultado? Que se le atacara por la prensa; pero que uno de los *oradores* acogiese todas y cada una de las observaciones hechas. El autor de ellas miró con desdén el ataque; mas se satisfizo al ver que una al menos de las composiciones oratorias salía de los lindes patrios con menos errores de los que primitivamente la afeaban.

Qué falta después de este rasgo personal ó *egotista*, si se quiere? Poca cosa: insinuar á la señora doña Mercedes González de Moscoso que continúe cultivando el drama.

El distinguido escritor don Juan Benigno Vela le aconsejó, según se refiere, que, sin perjuicio de seguir cantando en la alcoba las gracias de los nietecitos, se presentase de vez en cuando al público con algo de más aliento. *Martirio sin culpa* parece haber sido el resultado de tan oportuno consejo. Bien pues, ya que gallardamente ha penetrado en el templo de Talía, no duerma

sobre sus lauros; que puede con algo más de estudio, conseguir que brille su nombre, con legítimos títulos, en la poesía dramática, poco cultivada en el Ecuador, á pesar de ser «obra maestra de la sociedad y superior á las especulaciones de la filosofía y á los documentos de la historia, en eficacia para la enseñanza y dirección de los pueblos».

Y agora? Agora hasta nueva oportunidad, discreto lector.

ncio

LA POLITICA

¿Es ciencia, es arte?

En pueblos nacidos á la civilización siglos antes que el nuestro, la política—conjunto de medios necesarios para conseguir el bien social—es ciencia y requiere detenido estudio, dotes especiales. Mas por acá, donde, á pesar de estar grandecitos, apenas principiamos á dar pasos en el camino del progreso, la política es simplemente la manera de llegar á un puesto público, ó de conservarse en el mismo, mediante ruines acciones. Ni dotes ni estudio para figurar en el escenario político. Para qué eso de quemarse las pestañas ilustrando el espíritu, disciplinando el carácter, si á poca costa, con algo de audacia se puede ascender

al capitolio? Dotes? . . . . eso constituiría un lujo; y bonitos estamos para lujos cuando carecemos de lo necesario.

Quiere usted, caro lector, acostarse de simple . . . . . Perico de los Palotes—por ejemplo y con perdón suyo—y amanecer con un buen cargo público? Pues prepare unas píldoras compuestas de ignorancia, servilismo, abyección, por partes iguales, tomo ocho ó diez, mientras mayor número más pronto el éxito seguro, y verá usted cuán sorprendentes son los resultados.

Eso de *pildorarse* según la fórmula indicada, no es para todos, verdad; mas quienes cuenten con los ingredientes necesarios confeccionen las referidas pildoritas; y entonces sí qué maravillosos efectos los que obtendrán.

Ah! también me olvidaba: la fórmula anterior produce buen éxito sólo en nuestros climas, en suelo americano. En otros lugares habría que variar los ingredientes señalados por estos otros: ilustración, talento, dignidad. Pero aquí . . . . ilustración! para qué? Talento! con qué fin? Dignidad! á dónde conduciría?

Y qué de fenómenos produce la política, voto á bríos! Rompe sagrados vínculos; une, y con estrecha unión, elementos opuestos; mancha en ocasiones, como la tinta; y mata, y violenta, súbitamente, cual enérgico veneno.

Es la política además una especie de religión: tiene ídolos, dogmas, admite y explica misterios.

A semejanza de los ríos crecidos, hace que la basura produzca ruído; y, por último, es en ocasiones algo como cola ó brea; sirve para mantener firmemente adheridos, aferrados en los empleos á los hombres, dando por resultado, á la postre, la doctrina de los *individuos necesarios*, de los *hombres irremplazables*. Esto de los hombres necesarios es un soberbio descubrimiento. Dicen que por allá, por los tiempos del rey que rabió . . . . . pero nó, el presente artículo se haría tan largo como discurso de velada literaria; quédese, pues, la historia para mejor ocasión; y hasta tanto. . . . . el cielo ilumine en el calvario del poder al señor don Lizardo García.

PUNTOS HISTORICOS

Artículo que ni
dice ni enseña nada.

ASUNTO de buena suerte? Quizá. Pero es lo cierto que en tanto que á la reposada hermana mayor de las virtudes teologales Esperanza y Caridad, se le han dirigido fuertes acusaciones, á la señora Clío, con todo de su orígen pagano, se le ha creído, por sólo su palabra, cuanto ha dicho, á pesar de ciertas andaluzadas que se da el gusto de gastar de vez en cuando.

Sin miramiento alguno á su ceguera, se ha calificado á la sosegada Fe de *holgazana que vive harto llena sin trabajar por cuenta propia.* Mas á la historia, quién el osado que se hubiese atrevido á combatirla, á po-

ner en duda, á someter á discusión lo que á bien había tenido relatar y afirmar?

Aseguraba que el cadáver del Cid empuñó *la su espada Tisona* para castigar al audaz judío que osó tocarle el rostro? Se le creía. Afirmaba que un doctor Eugenio Torralba tenía por costumbre viajar al traves de la atmósfera, montado en un palo y guiado por nube inflamada? Se aceptaba. Sostenía. . . . pero á que juntar un tropel de citas, si basta decir en suma que cualquiera farfantonada de la que salía fiadora la susodicha señora, era respetuosamente acogida?

Ahora empero malos vientos, vientos de duda y vacilación, soplan por los antes serenos dominios de la Historia. Afanarse por falsearla; tratar de que el bandido aparezca convertido en santo, el verdugo en víctima; procurar que el lobo tome las apariencias de cordero; esforzarse porque lo real pase como fantástico, ó, al contrario, lo ideal como verdadero y efectivo; querer en fin que lo que hasta ayer se presentó en un sentido se tenga hoy en el opuesto; empresa es de gente seria.

Cuán excecrable tipo el de Judas, por ejemplo. Perfidia, ingratitud, traición . . . . los más negros, odiosos crímenes sumados en ese solo nombre. Pues bien; no falta un esforzado escritor que pretenda rehabilitar la memoria de aquel sujeto;

esto es, que trate de enmendar la plana á la Historia. He aquí, en compendio, las razones en que se apoya. Judas fué designado para el cumplimiento de ciertas profecías. Sin Judas, la redención de los pecadores no se habría efectuado; el beso del traidor debe, por tanto, ser considerado junto á la columna, cruz, clavos ó cualquier otro instrumento sagrado de la pasión; y, por lo mismo, su memoria vindicada, ya que sacrificó su alma por la salud eterna de la humanidad. La vindicación de Judas! Puede darse empresa más audaz?

Nerón, es bien sabido, recuerda ó recordaba, más propiamente, una de las más sombrías épocas para el imperio romano. Mas en lo futuro, y merced á los afanes de ciertos individuos que gustan de huronear lo pasado, quizá se lo presente como el mejor modelo de soberano. Oígaselos. Es falso que envenenara á Británico. Fueron los adversarios políticos del emperador los que cometieron ese crímen, para hacer que los súbditos, creyéndolo autor, lo odiaran. Casos semejantes — sacrificar inocentes por designios políticos — se han repetido en los tiempos modernos. No se refiere por ahí el envenenamiento de Monseñor . . . . . Mansedumbre, por afrentar con él á un partido político?

Que incendió Roma, que mató á su madre Agripina, que asesinó á su

maestro Burrho? Audaces mentiras, infames calumnias. El incendio de Roma fue obra exclusiva de una desgraciada casualidad. Nerón había ordenado que se destruyesen ciertos bosques inmediatos á la ciudad, para atender á determinadas obras de ensanchamiento y adorno. Como medio más seguro para destruírlos, acudió al fuego el empleado encargado de cumplir con aquella orden. Por desgracia, sopló el viento en dirección de Roma y . . . . . ahí tienen ustedes el famoso incendio de la famosa capital debido á un caso fortuito, hábilmente aprovechado por los adversarios políticos de Nerón, entre los que figura Tácito, para atribuírlo como acto infame de gobierno. Lo de los asesinatos, es una ruín paparrucha. Nerón fué poeta; tan poeta como . . . . . muchos de los de hoy; y los poetas, á pesar de aquello de *genus irritabile vatum*, son incapaces de matar; á lo sumo dan palizas . . . . . con sus *versaínas* á los prójimos que voluntariamente lo quieren. La acusación de la muerte de Burrho no tiene otro fundamento que el sospechar que, como gobernante, tenía que cometer esa *burrería* más, por natural consecuencia.

De Diógenes está ya al declararse de manera irrefragable que no tuvo por habitación un tonel ó tinaja, por no haber entonces toneleros ni existir aún alfarería en Pujilí; y si Demócrito saludó á una joven: *Salve virgen* y al día siguiente le dijo: *Salve*

mujer, se está en camino de descúbrir que lo hizo, porque el filósofo de la perpetua risa pasó, con filosofía y todo, una noche inolvidable, la que medió entre la primera y segunda salutación, con la misma ciudadana á quien fueron dirigidas aquellas célebres frases.

Odiosa figura hasta hace poco la del rey don Felipe segundo de España. Hoy, gracias á los estudios de cierto compatriota de aquel monarca, hay duda acerca de lo que realmente fue. Todavía más: puede que llegue á ser venerado en los altares. «Mentira que el bueno de don Felipe se hubiera casado con la novia de su hijo don Carlos Baltazar de Austria, y hubiese condenado á éste á muerte; mentira que hubiera hecho extrangular al barón de Montigni; mentira las aventuras con la princesa de Eboli; mentira los horrores cometidos á nombre de la religión y de la autoridad. Nada de eso. Felipe segundo es uno de los reyes más ilustres de que pueden enorgullecerse las naciones. Fue quien armó la escuadra Invencible, quien logró conquistar el Portugal y dominar Flandes; él, en fin, quien, en colaboración con ilustres prelados, entregó á las parrillas y tostadores del Santo Oficio á infinidad de herejes y pecadores». Pobre Historia! Como queda con tales rectificaciones.

Quién no se ha enternecido con el hecho de arrojar Bernardo Palissy

al fuego sus muebles, en la fiebre por descubrir el secreto del esmalte? Pues bien; según sostiene un rectificador de sucesos históricos, fué infame aquella acción. La ejecutó únicamente por defraudar á los acreedores el derecho que tenían á reintegrarse con aquellos en el valor de préstamos que le habían facilitado. He ahí el abnegado trabajador convertido en un insigne pillastrón.

Más ejemplos del poco respeto que se guarda ya á las afirmaciones de la Historia? Uno más, el último, pero de casa. Todo ecuatoriano tiene como verdadero que el presidente García Moreno murió en la Catedral, después de algunos minutos de ser herido; y perdonando á los enemigos. En un libro empero que prepara un escritor para la prensa, pretende probar que nada de eso es cierto. Según el reconocimiento ó autopsia del cadáver, dice, recibió el ilustre gobernante en el cráneo sólo ocho heridas, *todas esencialmente mortales; que debieron causarle inmediatamente la muerte;* luego, quien con la primera herida estuvo unos tantos metros dentro de la eternidad, mal pudo *presentarse al tribunal divino mucho después que el asesino ó victimario.*

Lo dicho: en puntos históricos, lo verdadero hasta ayer puede ponerse en duda hoy; y las falsedades de la hora presente, talvez lleguen á ser la verdad de mañana. Por algo

diría el eximio autor de los *Pequeños poemas:* «no creo una palabra de la historia antigua, desde que he visto cómo se escribe la moderna.»

Y punto final en puntos históricos que tienen muchos puntos de meditación.

NOTA

Errores de malicia en esta obrilla? Ni uno solo. De ignorancia? Muchos quizá. Tipográficos? La mar!

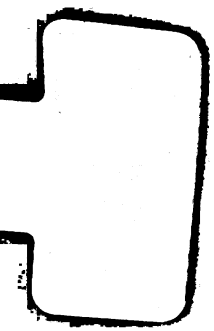
En la página octogésima, por ejemplo, aparece un *arrojan* por *arrogan*; en el articulejo *Sin título* el buen sentido exige que se diga: dado el grado *de* cultura, en lugar de: dado el grado *el* cultura; en el titulado *Diaristas* está impropiamente puesta la palabra *historia*, ya que debe decir lo que se leía en el original: antes de la saboreada *histórica* de la manzana; y, para no alargar la lista, hay por allí un *curisoso* que no se sabe con qué título ocupa el puesto de *curioso*.

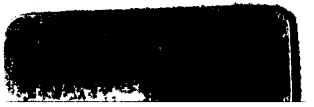
Si obras editadas y corregidas por un don Juan Bautista Guim, *catedrático en universidades de España y hombre de consulta en Francia*, se presentan con faltas tipográficas, difícil conseguir que no las haya en trabajillos de ignorantes, corregidos por . . . . idem.

Quién además tan vano y amigo de lo imposible que tratase de publicar obra sin defectos? Disimúlelos y perdónelos el lector; y en recompensa . . . . . séale concedida la eterna bienaventuranza. Amen.

INDICE

	Páginas
Prólogo	III
Sueños ó realidad?	1
Elecciones	6
Alicia	9
Consejos	12
Historia de una espada	15
Música celestial	24
La flor de la tumba	27
Discursaina	33
Pregunta	48
Fruslerías	50
Las llavecitas	5
Algo acerca de algo	59
Vengado	66
Hermosa obra	69
Bagatelas	73
Las fumadoras	79
Sin título	82
Diaristas	86
A España y por España	92
Parrafadas	98
Martirio sin culpa	104
La política	137
Puntos históricos	140
Nota	147





UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS

3024388751

0 5917 3024388751